



EPOCA 4.<sup>a</sup> — AÑO XL — TOMO IX.

NÚMERO 35. — Madrid 15 de Diciembre de 1886.

NÚMERO SUELTO, DOS REALES.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
MADRID Y PROVINCIAS	
Tres meses.....	16 rs.
Seis meses.....	30 »
Un año.....	60 »
CUBA Y PUERTO-RICO	
Seis meses.....	2 1/2 ps. fs.
Un año.....	4 »

PROPIEDAD  
DEL ASILO DE HUÉRFANOS  
DEL  
SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS



PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
EXTRANJERO	
Seis meses.....	11 fr.
Un año.....	21 »
FILIPINAS Y AMÉRICA	
Seis meses.....	3 1/2 ps. fs.
Un año.....	6 »

#### SUMARIO

TEXTO. — *La Decena*, por Blas. — *Crónica universal*, por X. — *Carta de Roma*, por D. J. M. — *Los grabados*. — *Consagración de la iglesia del Asilo*. — *El Papa*, por D. Valentin Gómez. — *Las Ciencias y la Filosofía*, por C. P. M. — *Alteración de los escritos*, por Naquet. — *Las Misiones católicas durante el pontificado de León XIII*. — *Las pieles y su curtido*. — *Claudia*, historia holandesa (conclusión). — *Bibliografía*, por A. — *Conocimientos útiles*. — *Miscelánea*. — *Grabados*. — *Urna de plata donde han sido guardadas las reliquias del Apóstol Santiago*. — *Inauguración del faro « Libertad » en la entrada de la bahía de Nueva York*. — *Mr. Chévreul*, decano de los sabios de Francia y Director del Museo de Historia natural de París.

#### LA DECENA

Al cruzar esta mañana del comedor al despacho, después de almorzar, me detuve delante del cuarto de mi criado Roque, al ver por la entreabierta mampara un objeto bastante abultado, sobre la cubierta de un baúl de los llamados catalanes que le sirve de ropero.

La curiosidad me empujó dentro de la habitación de mi sirviente para examinar de cerca aquel paquete, al que servía de envoltorio un gran pliego de papel sujeto por unos cuantos metros de bramante.

Puse la mano sobre el paquete, pero no pude apreciar por el tacto su contenido; y no queriendo emplear medios más expeditivos para saberlo, seguí mi camino, entré en mi despacho, me senté e hice sonar el timbre para llamar a Roque. Este se pre-

sentó, trayendo en la mano una de mis pelucas, que sin duda estaba peinando.

— Dime — le interpele — ¿qué contiene ese envoltorio que tienes en tu cuarto?

Roque se sonrojó ligeramente y contestó después de un rato de vacilación:

— Es... tabaco, señor.

— ¡Tabaco...! ¿Por ventura te has dado á hacer el contrabando de ese género?

— No, señor; es del estanco.

— Vamos, ya caigo; algún encargo que te hacen del pueblo...

— Tampoco, señor; es tabaco para mi uso particular.

— ¿Toda esa cantidad?

— Sesenta cajetillas, sí, señor; y aun pienso adquirir otras sesenta cuando el señor me pague la mensualidad que va corriendo.

— Pero ¿á qué obedece ese despilfarro?

— Pues obedece á que, según reza en los papeles públicos que ayer me leía el ayuda de cámara del general, el Gobierno piensa arrendar el... yo no sé qué animal del tabaco.

— ¡Cómo te dejas engañar por ese truhán, y cómo se reirá de ti! ¿Qué animal, como no seas tú, es ese de que nos estás hablando?

— No lo dude usted, señor... ¡Si yo pudiera acordarme! Ello es un animal que por un lado parece mico y por otro tira á pollo... ¿Cómo me dijo?... Lo tengo en la punta de la lengua...

— Ya lo has dicho — le interrumpí riéndome de muy buena gana de su simplicidad — es un *mico-gallo*.

— Quíá, no, señor, no es eso, pero cerca le

anda... ¡Ah! Ya me acuerdo: el *mono-pollo* del tabaco.

— ¡Acabarás, con mil de á caballo! ¿Has querido decir el *monopolio*?

— Eso, eso, sí señor; pero lo de menos es el nombre; lo positivo es que el Gobierno va á ceder á una empresa particular el derecho de elaborar y vender el tabaco, y como es seguro que, si lo que hoy se fuma es malo, lo que se fume después será detestable, por eso quiero hacer acopio para cuando llegue el caso.

— ¿Y por qué ha de ser peor el tabaco de una empresa particular que el del Estado? ¿No comprendes que esa empresa hará cuanto pueda por complacer á los fumadores, á fin de estimularles á que consuman la mayor cantidad posible, aumentando, á la par, las utilidades del contratista?

— ¡Ay señor! No conoce usted á los fumadores. No se abstendrán de fumar porque empeore la calidad del tabaco, y en cambio, la diferencia para la empresa entre dar tabaco regular y darle mediano ó malo, puede ser de muchos millones en los diez años del contrato.

— No conozco el proyecto de arrendamiento de que me hablas, pero desde luego afirmo que la Administración habrá atado todos los cabos y previsto todos los abusos que pudieran cometerse en perjuicio del público.

— Tampoco entiendo yo jota de cosas de gobierno, pero se me figura que esa Administración de que usted habla se echa la tierra encima con entregar á una compañía particular la renta del tabaco.

— No te entiendo.

— Pues es bien sencillo. Esa compañía que, según



URNA DE PLATA DONDE HAN SIDO GUARDADAS LAS RELIQUIAS DEL APÓSTOL SANTIAGO.



dicen, necesita de 1.500 á 2.000 millones de reales para plantear el negocio en toda su extensión, claro está que ha de sacar utilidad de él, y no así como quiera, sino una utilidad proporcionada á tan inmenso capital.

— Eso es muy justo; si suponemos que tiene en movimiento 1.500 millones, no sería exagerado suponer también que quiera sacar á ese capital un interés de 8 por 100 al año.

— Que importaría tal vez, ocho ó diez millones, ¿no es cierto?

— No; importaría ciento veinte millones.

— Pues ya ve usted, argumento en mi favor. Esa empresa no ha de hacer milagros; tendrá que comprar el tabaco, elaborarlo y venderlo como hoy lo hace la Administración. Y digo yo: si el negocio de los tabacos produce un beneficio de ciento veinte millones anuales á una compañía particular, ¿por qué razón el Gobierno, que tiene tantos ó más elementos que esa compañía y que puede hacer tanto ó más que ella, no se aprovecha de esos millones y deja que otro se los gane?

— Mira, Roque, esas son cuestiones que yo no entiendo; probablemente será porque ese negocio lo sabrá manejar mejor un particular que el Estado.

— Venimos á parar en que la Administración reconoce su ineptitud para mejorar las rentas públicas...

— Como tú quieras; pero esta conversación ha durado ya mucho, y entretanto mi peluca está por arreglar.

\*\*

Bien dicen que no hay nada tan asustadizo como el dinero.

En cuanto se ha empezado á hablar (y sabido es que en nuestra bendita tierra hay muchos años de distancia entre el *hablar* y el *hacer*) de la posibilidad de que llegue á discutirse y plantearse la reforma del Código penal, han empezado también á firmarse exposiciones á las Cortes en varios puntos de la Península (no diré cuáles para no ofender su modestia) pidiendo se exima de sanción penal á los juegos hasta aquí llamados *prohibidos*.

Yo no sé por qué se asustan esos señores peticionarios, ni por qué se preocupan de si ha de castigarse ó premiarse por las leyes el inocente entretenimiento de *tirar de la oreja á Jorge*.

Si el juego no se ha evitado jamás á pesar de las severas prohibiciones de que ha sido pretexto, ya que no objeto, en determinadas épocas, ¿á qué vienen esos escrúpulos prematuros y temores pueriles sobre lo que sucederá en el porvenir?

Mi opinión en esta materia es que debería en efecto autorizarse el juego con ciertas restricciones, muy pocas y muy sencillas: 1.ª imponer una fuerte contribución (pero muy fuerte, eso sí) á las casas de juego, que serían denominadas oficialmente *garitos*; 2.ª establecer en cada una de ellas un agente del fisco que obligaría á cada jugador á exhibir su cédula personal, tomaría nota de sus nombres, apellidos, profesión, etc., y cuidaría, bajo su más estrecha responsabilidad, de que esos nombres se publicasen al día siguiente en todos los periódicos, y 3.ª prohibir la entrada á los jóvenes menores de veinticinco años y á los adultos mayores de sesenta.

Esto sería más decente que tolerar por inercia ó por cálculo las casas de juego y fijar en el Código penas más ó menos severas, que rara vez se hacen efectivas.

\*\*

¿Qué exigentes se van haciendo los maestros de instrucción primaria!

No se contentan con pedir las pagas que se les adeudan, sino que piden pan al fiado, y luego piden prórroga para pagar al panadero, y después piden misericordia á las Diputaciones y Municipios, y más tarde piden, como el de una localidad que no quiere nombrar, autorización al Gobernador de la provincia ¿para qué dirán ustedes? Para pedir limosna...

Al paso que vamos, el mejor día pedirán la luna, creyendo que es un queso de bola.

\*\*

Se han descubierto varias cosas en estos últimos días. Entre ellas recuerdo, según los periódicos, el movimiento continuo y los autores del crimen del canalillo de la Guindalera.

Mucho vamos adelantando.

\*\*

Lo que aun no se ha descubierto, pero llegará á descubrirse con el tiempo, es el procedimiento para conocer de antemano con exactitud, no por simples probabilidades como hasta aquí, el momento preciso en que deban chocar ó descarrilar los trenes.

Esto de ir uno metido en un coche de segunda, con un miedo de primera, sabiendo que por regla general debe descarrilar el tren, y no poder fijar siquiera con cinco ó seis minutos de diferencia el instante del batacazo, es cosa por demás incómoda y perjudicial á la tranquilidad de espíritu de los viajeros.

\*\*

Por fin ha caído el Ayuntamiento...

Sigan ustedes leyendo, que no se trata de la desaparición de nuestro celoso Concejo.

Decía que el Ayuntamiento de Madrid ha caído en la cuenta de que los casos de incendio se repiten lo mismo cuando se suprime el toque parroquial que cuando se prescribe como obligatorio.

He visto, digo mal, he oído noches pasadas tocar á fuego en varias iglesias, lo cual demuestra que se ha restablecido esta práctica que nunca debió abolirse, y por ello aplaudo á la Corporación municipal.

Ahora, si me dicen ustedes que el servicio (el servicio digo, no el personal) de incendios es tan defectuoso con campanas como sin ellas, tendré que callarme y hacer como si no lo hubiese oído.

Sin embargo, abrigo la esperanza de que también se ha de descubrir con el tiempo esa especie de cuadratura del círculo municipal, y entonces... ¡ya verán ustedes qué servicio, qué aparatos, qué mangas... y capirotos hacemos con los incendios, si es que se atreven á estallar, llegando ese caso!

Para entonces, es casi seguro que los fuegos se declararán... en huelga.

\*\*

Entre las novedades que han ofrecido durante la decena los espectáculos públicos, la más importante ha sido el estreno en el Teatro Español de un drama titulado *La ley de la fuerza*. Se ha discutido con calor por el público que asistió al estreno y después por la prensa, el mérito de la obra en cuanto al desarrollo del asunto y á la mayor ó menor crudeza con que el autor ha querido presentarle. En lo que todos convienen es en la belleza y elegancia de la prosa en que está escrito y que no puede ser motivo de admiración para los que conocen otras aplaudidas producciones dramáticas de D. Valentín Gómez.

No he visto, por razón de mis achaques, *La ley de la fuerza*, si bien he leído el juicio crítico que han hecho de este drama los periódicos mas autorizados. Confieso que no me atrevo á formar opinión por lo que de tales críticas se desprende; pero confieso también que no me han convencido muchas de las razones que han expuesto los críticos para condenar la última obra de D. Valentín Gómez. Pero repito que ni puedo hablar por cuenta propia de lo que no conozco sino por referencias, tal vez apasionadas, ni mi pobre opinión tendría, en todo caso, valor alguno ante la reconocida autoridad de los críticos de profesión.

Sea de ello lo que quiera, Valentín Gómez tiene hechas sus pruebas en el palenque literario, es joven todavía, tiene fe en sus ideales, afición decidida al arte, amor al trabajo, y con estas cualidades no es dudoso que ha de dar días de gloria á la escena española.

BLAS.

## CRÓNICA UNIVERSAL



La crisis del Gobierno francés ha embargado la atención de Europa en estos últimos días, no tanto por el cambio del momento, cuanto por la significación que tiene este hecho en el estado actual de la nación vecina. La crisis ha sido promovida por una coalición de conservadores y radicales.

Los 262 diputados que constituyeron la mayoría en aquella votación, se distribuyen así: 173 pertenecen á la derecha, 67 á la extrema izquierda, 16 á la izquierda radical y seis á otras agrupaciones republicanas. La minoría de 249 diputados estuvo constituida única y exclusivamente por republicanos de la unión de las izquierdas.

La razón que ha tenido Mr. de Freycinet para negarse á reconstituir el Ministerio, no ha sido otra sino que es imposible gobernar en esta República estando el Ministerio constantemente pendiente de la voluntad de los conservadores y de los radicales, que pueden derrotarle siempre que les dé la gana.

Y en efecto, la división de los partidos medios ha llegado al último extremo, y todo el mundo reconoce que es imposible fundar sobre esta base un Gobierno estable. Como el triunfo de los conserva-

dores, hoy por hoy, es un sueño, pues todos los grupos republicanos se unirían contra ellos, resulta que el porvenir es de los radicales, en cuyas manos la vida de Francia estará expuesta á continuas catástrofes.

A última hora nos anuncia el telégrafo la formación de un Gabinete Goblet, es decir, un Ministerio de transición, que vivirá lo que se necesite para normalizar la cuestión económica. ¿Y luego?

Lo más probable será el radicalismo y la *Commune*. Esta situación trae alarmados á los Gobiernos europeos, y pone, como puede suponerse, en guardia á Alemania, que teme un período de aventuras emprendidas por los radicales franceses, capaces de renovar las campañas de 1870 para atraerse el espíritu nacional y ver si logran vengar las derrotas de entonces ó arrastran consigo al abismo á la nación entera.

Pero este asunto merece párrafo aparte.

En la discusión del proyecto de reformas militares, que ha tenido lugar en el Parlamento alemán, ha tomado parte el famoso mariscal Moltke, y ha dedicado su discurso á exponer datos numéricos sobre las relaciones del ejército francés y el alemán, ponderando la superioridad del francés, el cual cuenta además con la posibilidad de concentrar en ocho días dieciocho cuerpos de ejército en la frontera, gracias á la red actual de ferrocarriles.

Ha declarado luego, que ninguna nación por muy rica que sea podría sostener el esfuerzo actual de Francia, y que este esfuerzo sólo se concibe en el caso de que tenga un fin próximo.

Ha dicho que es imposible pensar en una reconciliación con Francia mientras Alemania posea la Alsacia Lorena, que no ha de ceder jamás. Todo el Reichstag aplaudió esta declaración.

Ha terminado su discurso declarando que Alemania cuenta con la alianza íntima de Austria, pero que ninguna potencia debe contar sino con sus propias fuerzas para defender su honor y la integridad de su territorio.

El ilustre jefe del Centro católico, Sr. Windhorst, ha contestado que no cree en la inminencia y en la grandeza del peligro, sobre todo si se compara la situación interior política y militar de Francia con el espartanismo del soldado alemán y la situación interior del Imperio.

De todos modos han sido aprobadas las reformas; lo cual significa que Alemania se apercebe para nuevas campañas.

La prensa alemana se muestra amenazadora contra Francia, y el *Standard*, de Londres, llega hasta afirmar que es casi seguro que la guerra franco-prusiana estallará en la próxima primavera.

Es de notar que los periódicos que inspira el príncipe de Bismarck son los que más se distinguen en esta hostilidad contra Francia, tratando á los franceses, según dice un telegrama de París, como si estuviéramos en vísperas de una guerra.

El mayor peligro, como hemos dicho antes, no está en la actitud de Alemania, sino en la situación interior de Francia.

Ha sido estos días objeto de largos comentarios un artículo de la *Gaceta de Saint James*, del cual vamos á dar cuenta aquí, por referirse á cuestiones internacionales de la mayor importancia.

Dice que el Gobierno inglés debe procurar cuanto antes una coalición entre Inglaterra, Austria, Alemania é Italia para imponerse á Rusia y Francia.

La manera de resolver la cuestión de Oriente sería asegurar la independencia más absoluta de los estados de los Balcanes.

Hablando de la cuestión de Egipto, dice: que Inglaterra debe contestar de la manera siguiente á las reclamaciones de Francia.

«Estamos en Egipto y permaneceremos en este país hasta que hayamos realizado nuestra misión. Luego añade:

«Freycinet, dice que quiere que el Egipto sea dueño de sí mismo, y lo que realmente desea es que el Egipto esté á merced del cónsul general de Francia.

«Esto es imposible.

«Estamos dispuestos á discutir la cuestión y el porvenir de Egipto; pero si el Sr. Freycinet quiere decir que ha llegado la hora de renunciar á nuestra legítima preponderancia en el valle del Nilo, preponderancia basada en los sacrificios hechos durante cuatro años y en el predominio reconocido por nuestros intereses en el canal de Suez, es preciso contestarle de una manera cortés y respetuosa que su reloj anda mal.»

Excepto dos ó tres periódicos radicales, la prensa inglesa se opone resueltamente á que el Egipto sea abandonado por las tropas británicas.



¿Y cuál es la situación de Egipto?

Bastante mala; el Sudán continúa siendo un foco de insurrección, y los franceses, por su parte, van haciendo lo que pueden para dificultar la acción de Inglaterra. La suerte de Egipto está íntimamente ligada a la cuestión de Oriente.

Nada nuevo podemos adelantar sobre esta cuestión.

La Comisión búlgara que ha salido a recorrer las cortes europeas, lleva el siguiente itinerario: Viena, Berlín, San Petersburgo, París, Londres, Roma, Constantinopla y Belgrado. Actualmente se encuentra en Viena.

Los periódicos austriacos publican el discurso pronunciado por uno de los comisionados.

Dijo que Bulgaria lucha por sus derechos y su independencia; que la situación actual no había sido creada por los búlgaros, y que por lo tanto no son responsables de los sucesos ocurridos.

Añadió que el pueblo búlgaro acepta cuantas garantías contribuyan a asegurar su independencia.

Según telegrama de Sofía, Gabdán-bajá ha declarado al Gobierno búlgaro que la Puerta conseguirá que las potencias reconozcan los acuerdos de la Sobranje, si se forma un Ministerio mixto en Sofía y se acepta la candidatura del príncipe de Mingrelia.

El Gobierno búlgaro ha contestado que estaba dispuesto a sacrificarse a la cuestión de personas, pero que la elección del príncipe dependía sólo de la Asamblea.

En cuanto a la candidatura del príncipe de Mingrelia, se considera inaceptable.

Por último, el *Diario Oficial* de San Petersburgo ha publicado un importante artículo sobre esta cuestión, en el que dice que Rusia no se desinteresa de los asuntos de Bulgaria, pero que se mantendrá dentro del terreno de los tratados.

Añade que no reconocerá jamás la opresión que una minoría trate de ejercer sobre la nación búlgara.

En resumen, que la cuestión irá prolongándose hasta que se enlace con otra, y esta con otra, hasta que la última sea la toma de Constantinopla.

¿Por quién? He aquí la cuestión que no se atreverá a profetizar ningún diplomático.

Por fin se ha resuelto la cuestión relativa a la Catedral católica de Pekín, cuyas torres dominaban los jardines del palacio imperial.

El Gobierno francés, como protector de las Misiones católicas en el extremo Oriente, de acuerdo con la Santa Sede, ha consentido en la traslación del templo, el cual, a expensas del Gobierno chino y bajo la dirección de los Padres lazaristas, se levantará en el lugar designado en el acuerdo.

Al anunciar la emperatriz de China el arreglo definitivo de esta larga cuestión, hace grandes elogios del Papa y de los misioneros católicos.

X.

## CARTA DE ROMA

Roma 9 de Diciembre de 1886.



Las frecuentes reuniones que «la Sociedad de los amantes de Bellas Artes» viene celebrando en el Palacio homónimo de la *Via Nazionale* bajo la presidencia del Sr. Marqués D. Alejandro Ferraioli, bastan por sí solas para hacer comprender que la situación actual de los artistas aquí residentes nada tiene de halagüeño, pues los encargos de cuadros y estatuas van haciéndose extremadamente raros, y las producciones del genio no encuentran sino admiradores harto fríos y calculadores. Ya no hay quien haga pintar las paredes de su palacio, ó fomento el cultivo de las Bellas Artes con la tercera parte de lo que los antiguos patricios romanos dedicaban cada año a sus pinacotecas y gallerías; de vez en cuando, las obras de restauración ó de adorno de alguna iglesia ocupan la actividad de uno ó dos artistas, como sucede ahora mismo con el pintor D. Virginio Monti, encargado de los cuadros que han de adornar la nueva iglesia del Sagrado Corazón en el Castro Pretorio; pero esto no basta, ni mucho menos, para proporcionar a los innumerables artistas aquí residentes la posición desahogada que necesitarían tener para trabajar con amor, é imprimir a sus obras el brío de la belleza ideal. Me place, sin duda, reconocer que tienen ventaja sobre los demás los pertenecientes a naciones cuyos Gobiernos acostumbran enviar aquí pensionados, y más me agrada consignar que nuestros españoles son los que se hallan en mejores condiciones: empero, repito, las frecuentes reuniones

en el Palacio de las Bellas Artes harto claro demuestran que la situación de los artistas preocupa en el día a los amantes del arte. Con el fin de buscar salida a los trabajos que han quedado sin vender durante el año, se viene en efecto preparando una extraordinaria exposición de pinturas y esculturas en el nuevo local del Círculo Artístico Internacional en la Vía Margutta: se han encargado de la decoración y adorno de las salas artistas de alto renombre, que en otros tiempos hubieran creído rebajarse con emplear sus talentos en obra tan sencilla, pues la modestia se aprende mejor en la escuela de la adversidad que no en los días de la abundancia y del lujo. Parece que se tiene el propósito de inaugurar dicha exposición el día 20 del corriente, y se confía no poco en la favorable circunstancia de la época en que se menudean los aguinaldos y regalos entre parientes y amigos. Los españoles, como es natural, tomarán parte en ella; pero no es la que más confianza inspira a nuestros compatriotas, pues para ellos va a establecerse otra Exposición permanente al lado de la Cámara de Comercio, que ha de inaugurarse cuanto antes en cumplimiento de las disposiciones muy acertadas del actual ministro de Estado, y no cabe duda de que ese privilegio, de tener una Exposición permanente en un punto muy céntrico de Roma, puede mejorar la suerte de los artistas españoles, proporcionándoles el medio de que sus trabajos sean conocidos. Por este motivo nuestra colonia artística está más animada que las de los demás países.

También otra causa de enhorabuena han tenido ayer nuestros artistas españoles, y es la de haber sido recibidos en audiencia particular por Su Santidad, quien al efecto ha querido señalar el día de la Purísima, en testimonio y premio de la devoción con que nuestra España ha honrado siempre a la Santísima Virgen en el misterio augustísimo de su Concepción inmaculada. Con los artistas fueron al Vaticano también otras personas y familias distinguidas de España: lo que importa consignar es el carácter puramente español que tuvo la recepción de Su Santidad; el digno auditor de la Rota por la Corona de Castilla, monseñor Isbert, era quien presentaba al Papa a sus compatriotas. Su Santidad no habló más que de España, confirmando una vez más el especial cariño que le merece nuestra patria, y, por encontrarse con artistas españoles, hubo de recordar las obras de reparación del Monasterio de Ripoll que tiene empezadas el Sr. Obispo de Vich: parece que este Prelado puso el proyecto en conocimiento de Su Santidad, y el Papa no sólo lo bendijo, sino que, deseando asociarse a obra tan buena, ofreció costear el retablo del altar mayor; al efecto, en el mismo Vaticano se está ahora preparando un magnífico cuadro en mosaico. Hoy he sabido que pocas horas después de la recepción de los artistas españoles, recibió Su Santidad una noticia que, a no dudarlo, se la hubiera comunicado también por si llegaba antes, pues está íntimamente relacionada con el arte. Me refiero al proyecto de terminar el templo Catedral de Barcelona que, según noticias llegadas ayer, parece haber adelantado mucho: se indica que un Senador catalán ha ofrecido formalmente pagar la fachada, cuyo costo se presume deba ascender a un millón de pesetas; el acto no podía ser más noble y generoso, y me consta que Su Santidad ha repetido varias veces con satisfacción el nombre del ilustre D. Manuel Girona, complaciéndose en que el Prelado de Barcelona pueda contar con auxilios de esa clase para realizar el bien que le inspira su reconocida actividad y celo apostólico. En la mansión pontificia ha cundido también otro rumor relativo a nuestra España; pero no se hacían más que indicaciones; tal vez no ha llegado todavía la hora de la publicidad, y yo sólo puedo decir, con la natural satisfacción de español y católico adicto a la Iglesia, que se elogiaba mucho la conducta de nuestros Obispos: hay quien supone que han hecho un acto colectivo de adhesión al Papa, y de protesta contra los desafueros de que es objeto, tomando pie de las recientes manifestaciones anticlericales; pero en qué consista el acto, no ha podido traslucirse: tal vez se quiere publicar en España y en Roma al mismo tiempo, y cuando llegue esta carta a Madrid ya sea del dominio público la noticia que ayer se daba aquí bajo reserva y secreto; en todo caso, por lo que yo he podido adelantar, se comprenderá que se trata de cosa que ha sido del particular agrado de Su Santidad.

J. M.

## LOS GRABADOS

URNA DE PLATA DONDE HAN SIDO GUARDADAS LAS RELIQUIAS DEL APÓSTOL SANTIAGO.

La *Ilustración Católica* cuenta entre sus glorias indisputables la de haber publicado, ilustrándolo con numerosos grabados, el viaje de los Sres. Fita y Fernández Guerra a Santiago y los eruditos estudios de estos señores, que tanta parte han tenido en la declaración de la autenticidad de las reliquias del Santo Apóstol. Por eso debe servir de complemento a aquellos trabajos el grabado que hoy publicamos.

Desde que fueron descubiertas providencialmente las santas reliquias del apóstol Santiago y sus discípulos San Teodoro y San Atanasio, estaban guardadas en la cripta de la Catedral compostelana: y en el presente año, en la solemne función religiosa que se celebró el 27 de Agosto, habiendo sido trasladadas al presbiterio de la capilla mayor, en presencia del Emmo. Sr. Cardenal Payá (Arzobispo entonces de aquella Archidiócesis), varios Prelados, Cabildo metropolitano, Notarios eclesiásticos y las autoridades civiles y militares de la ciudad, fueron depositadas en una urna de cedro, cubierta de terciopelo rojo y adornada con lindas cantoneras y abrazaderas de plata, en cuyo frente principal, sobre una cartela también de plata, se leía la inscripción siguiente:

*Hic clauduntur ossa et cineres beati Jacobi Apostoli et discipulorum: Ius Sancti Theodori et Sancti Athanasii.*

Esta caja, que se cerró y selló en el presbiterio, fué incluida después en una preciosa urna de plata maciza; y habiéndose levantado el acta notarial correspondiente, que firmaron todos los circunstantes, para perpetua memoria, dicha urna fué conducida procesionalmente a la cripta de la Basílica, donde quedó depositada.

El primer grabado de la pág. 409 representa (según fotografía directa) esa urna exterior de plata, que contiene la de cedro con las sagradas reliquias de los tres varones apostólicos.

La composición de tan notable y rica obra ha sido tomada, en parte, de la *tabula argentea* ó retablo de plata que se colocó en el altar mayor de la histórica Iglesia compostelana hacia el año 1135, siendo Arzobispo el célebre Diego Gelmírez y reinando en León y Castilla la famosa y desventurada Doña Urraca, hija del conquistador de Madrid y Toledo, Alfonso VI: ostenta en medio del frente un limbo oval, guarnecido por faja lisa que esmaltan cuatro estrellas en un lado y cinco en otro, y al centro figura la imagen del Salvador sentado en trono, en actitud de bendecir con la mano derecha y teniendo un libro en la izquierda; en las partes superior é inferior del limbo, se destacan, formando ángulos decorativos, los símbolos de los cuatro Evangelistas; a cada lado del frente hay cuatro arcos trebolados, y otros diez en los testeros posterior y laterales, representando hornacinas chatas, cantonadas, de columnas lisas, que cobijan bellas imágenes, en alto relieve, de la Virgen María, el apóstol Santiago, Santa María Salomé, San Torcuato, San Teodoro, San Atanasio y otras: la tapa figura una cubierta de conchas, primorosamente labrada, con un característico monograma bizantino en el centro, y las rosetas, grecas y frisos que la decoran corresponden al conjunto y a los detalles artísticos de la obra.

Sus dimensiones son: longitud, metros 1,28; latitud, 0,72; altura, 0,31.

Es de plata maciza, como ya hemos dicho, y pesa 71 kilogramos.

INAUGURACIÓN DEL FARO "LIBERTAD," EN LA ENTRADA DE LA BAHÍA DE NUEVA YORK.

De este monumento colosal, que dejaría pequeño el faro de Alejandría, reputado por los antiguos como una de las siete maravillas del mundo, basta enumerar las dimensiones para dar idea de su importancia y proporciones gigantescas.

La estatua ha sido labrada en París, en los talleres de los hermanos Gazet, parque de Monceau, y su ejecución fué un prodigio de paciencia y de constancia: el primer modelo de Bartholdi, el *modèle du comité*, medía 2,11 metros, desde el talón del pie izquierdo hasta las perlas de la diadema; el segundo modelo, aumentado ocho veces, medía 8,50 metros; el modelo aceptado, por último, fué construido en secciones, cuatro veces más grandes que las formas del segundo modelo, y reproducidas y adaptadas con rigurosos cálculos matemáticos.

Las planchas de cobre repujado tienen, por regla general, un espesor de tres milímetros, y están montadas sobre armadura de hierro, la cual se adhiere fuertemente a otra armadura central, también de hierro; la estatua mide, exactamente, 46,08 metros desde la base a la línea superior de la antorcha, 35,50 desde el plinto a la diadema, y 34 desde el talón a la parte superior de la cabeza.

El dedo índice de la mano derecha tiene una longitud de 2,45 metros, y 1,44 de circunferencia en la segunda falange; la uña, 0,36 por 0,26, respectivamente; la cabeza, 4,40 de altura; el ojo, 0,65 de ancho; la nariz, 1,12 de longitud.

Recuérdese que en la Exposición de París de 1878 fue exhibida la cabeza, y dentro de ella se celebró un almuerzo al que asistieron cuarenta comensales.

Por medio de una escalera de caracol interior, se puede subir hasta la antorcha, y en ésta caben doce personas cómodamente sentadas.

El peso total de la estatua asciende a 200.000 kilogramos, y se transportó a Nueva York, a bordo del *Isire*, dividida en 300 pedazos.



MR. CHÉVREUL, DECANO DE LOS SABIOS DE FRANCIA Y DIRECTOR DEL MUSEO DE HISTORIA NATURAL DE PARÍS.

Hace poco tiempo que este ilustre sabio ha cumplido los cien años. A su edad, a su saber, añade la circunstancia, para nosotros importantísima, de ser ferviente católico.

Miguel Eugenio Chévreul ha sido sucesivamente, desde 1807, Director del Laboratorio químico del célebre *Vauquelin*, Ayudante de la cátedra de Química del *Muséum*, Profesor del liceo Carlomagno, Oficial de la Sorbona, Director de química especial en la fábrica de tapices de los Gobelinos, Catedrático de Química aplicada, y, por último, Director del citado *Muséum*; es miembro del Instituto desde 1826, y Gran Cruz de la Legión de Honor desde 1875; ha publicado varias obras científicas, entre ellas las tituladas *Recherches Chimiques* (1823), *Leçons de Chimie appliquée* (1831) y una excelente *Histoire des connaissances chimiques* (1866).

Mr. Chévreul es tan fervoroso católico que diariamente oye misa, y en público y en privado se gloria de profesar la fe de sus mayores.

## CONSAGRACIÓN

### DE LA IGLESIA DEL ASILO



El día 6 del corriente se celebró esta solemnísimas ceremonia, una de las más augustas y simbólicas de la liturgia católica.

Fué consagrante nuestro Excmo. Prelado, y dicho se está que acudieron a presenciara casi todas las Señoras de la Asociación, para las cuales esta ceremonia era una gratísima fiesta de familia.

No cumple a nuestro propósito el referir una por una todas las ceremonias de la consagración; pero sí diremos que con ella se ha elevado la iglesia del Asilo a la mayor categoría de las iglesias católicas, categoría de que sólo disfrutaban en Madrid tres ó cuatro, y que era común en las antiguas Catedrales.

¿Qué mucho que en esta solemnidad echasen todos de menos la inolvidable presencia de Ernestina?

Ella habrá tal vez asistido con los bienaventurados a quien la Iglesia invoca en sus letanías, y desde mejor región que la de este miserable mundo, habrá enviado la bendición maternal sobre sus queridos huérfanos.

## EL PAPA

### I



Dice De Maistre que la Iglesia, y por consiguiente el Pontificado, sufrieron en la última centuria tres pruebas a las cuales no puede resistir ninguna institución falsa: el silogismo, el epigrama y el cadalso.

Parecía, en efecto, que el ejército enemigo había ido recogiendo todas las armas que en los sucesivos ataques y derrotas de dieciocho siglos había abandonado en el campo, y aguzándolas de nuevo las arrojaba con feroz violencia contra la fortaleza de Cristo, en la esperanza de lograr al fin derribarla para siempre, sepultando en sus escombros al último Papa, al último sacerdote y al último cristiano.

Pero la filosofía, la sátira y la cuchilla se embotaron en los muros de diamante de la inmortal diosa, y cuando los razonamientos de la Enciclopedia envejecieron, y la risa burlona de Voltaire se heló en sus labios meliflúos, y el hacha del verdugo se melló en las cabezas mismas de los perseguidores, el Pontificado apareció más radiante que nunca en la alta cima de la sociedad humana, y el mundo se asombró de ver que la roca en que descansaba la obra invulnerable de Jesucristo estaba tan sólida, tan dura y tan íntegra como antes.

Todos sus enemigos habían caído a tierra: ella sola permanecía en pie. Si el mundo no fuese un ciego de seis mil años, el mundo entero se hubiese postrado entonces a los pies de Pedro el Pescador, proclamando de una vez para siempre el triunfo definitivo del Hijo de Dios.

Pero el sol de la verdad, como el del espacio, brilla inútilmente para los ciegos, y el Pontificado ha tenido que seguir la lucha contra sus enemigos, sin que la luz que irradia desde lo alto de la cátedra infalible baste a desvanecer las sombras en que ellos viven.

Todavía se atreven a asegurar que eso ha concluido ya, y que nuestra generación está presenciando la agonía del antiguo coloso. Y es que le han cortado la mano izquierda, como tantas otras veces, y con esto se figuran que su muerte es irremediable. ¡Insensatos! Aun sin contar con la pro-

mesa divina, era preciso que desapareciese de la tierra toda noción de justicia, toda idea de moralidad pública para que el Pontificado dejase de existir.

Se comprende que se desmoronen los Imperios más poderosos, que se hundan en el olvido las dinastías más ilustres, que monarquías y repúblicas se precipiten por igual en los abismos de lo pasado, no dejando en pos de sí más que el apunte que el historiador recoge para consignar el hecho en una ó dos páginas de la Historia universal.

Tras de esos Imperios, de esas dinastías y de esos gobiernos vienen otros a continuar, bajo nueva ó vieja forma, la vida de los pueblos y el misterioso fin a que Dios los ha destinado. Pero suprimir el Papa, derribar el faro, volcar la cátedra, sería dejar al mundo huérfano de la única autoridad incorruptible que rige las conciencias y endereza los entendimientos por la sola fuerza de su razón; sería entregarnos a merced del más poderoso, no del más justo, borrando de todos los códigos la palabra justicia para sustituirla con la palabra arbitrariedad; sería anunciar a los pueblos occidentales que se dispusiesen a caer en la vileza del Oriente y arrancar al Oriente la esperanza y los medios de su regeneración; sería retroceder veinte siglos, secando a la vez toda fuente de progreso, y Dios que no necesita de estas ó aquellas dinastías, de estas ó aquellas formas políticas para salvar al hombre y a la sociedad, necesita del Papa, que es su Vicario, que es Él mismo en cuanto infalible, para que el individuo no se corrompa y la máquina social no se desmone.

Ya se comprende que decir que Dios necesita del Papa es como decir que Dios necesita de sí mismo para nuestro bien; pero en realidad somos nosotros, es el género humano el que necesita del Papa, y pocas veces como ahora se ha demostrado esta apremiante necesidad.

### II

La constante prosperidad, como la constante salud, borran de nuestra consideración las ideas contrarias de estrechez y dolencia, porque no se estima cumplidamente el bien que se posee sino cuando se pierde.

Si el Pontificado gozase siempre del esplendor y la omnipotencia que de derecho le corresponden, el mundo se acostumbraría a vivir en una especie de indiferente bienestar, y tal vez acabaría por atribuirse a sí mismo todo lo bueno que brotaba de la eficacia del Pontificado. De aquí esos terribles paréntesis, esos tenebrosos eclipses sufridos por el poder de los Papas y traducidos en la historia de la civilización por convulsiones y desgarramientos que han servido para demostrar que la falta del piloto estrellaría al fin la nave contra las rocas.

Hállase hoy el Pontificado sufriendo uno de esos eclipses que, no por ser providenciales, eximen de espantosa responsabilidad a sus autores, como no eximió a Judas de su pena la necesidad de su traición para que el Salvador nos redimiera; y durante este eclipse se va notando cada vez más que la luz sin nubes del Vaticano es tan necesaria a los ojos de nuestro entendimiento como la del sol a los ojos de nuestro rostro.

Agítanse las ideas en anárquico desenfreno; conmueven los fundamentos sociales a la menor trepidación revolucionaria; andan sueltos los apetitos y descaminadas las ambiciones; despéñanse las teorías en los groseros abismos de la materia; levanta su insolente cerviz la soberbia aun en los alrededores de la Ciudad Santa, y todo parece que presenta síntomas de corrupción y universal desquiciamiento.

¿Qué remedios se ofrecen para curar estos males? Muchos, procedentes de los laboratorios de los dulcamares filosóficos; pero dos sólo que merezcan la atención del mundo: uno el de la fuerza de los cañones, otro el de la fuerza de la justicia.

Represéntanse estos dos remedios en dos figuras humanas que descuellan sobre todas las demás ciconas: Bismarck y el Papa.

Hombre de hierro en sus resoluciones como en los instrumentos de que se ha valido para llevarlas a cabo, Bismarck no convence, aplasta. Él lo ha dicho más de una vez en pleno Parlamento: sin acero y sin sangre no se forman los grandes Imperios.

En sus ideas, en sus propósitos y en sus procedimientos hay la misma dureza que en el casco que cubre su cráneo. Cuando discute enseña el puño y hace crujir las espuelas; cuando manda parece que enciende la espoleta de una bomba, y no es posible formarse idea del Imperio alemán sin imaginarse un inmenso campamento cuyo suelo tiembla al galopar de los escuadrones de hulanos y al áspero rodar de los krups.

El hierro como base social, como elemento de vida, como ley de Gobierno: ese es Bismarck.

De otra parte León XIII, el pacífico sucesor de Pedro, el ascético Vicario del divino Maestro, vestido de blanca túnica, cubierta la cabeza con modesto solideo de seda, amparado el pecho con la cruz del Calvario, y sin más armas, ni más regimientos, ni más cañones que su arrugada mano para escribir la palabra de la verdad y bendecir a la ciudad y al mundo.

Cercado de enemigos, reducido a la condición de prisionero, expuesto a todas horas al ultraje y a la muerte, el Papa es, sin embargo, la única figura que forma contraste con la de Bismarck; que le mira frente a frente, no como el águila mira al sol, sino como el sol mira al águila, envolviéndola y llenándola toda con sus rayos inmortales.

Habla el uno y dice: fuerza.

Habla el otro y dice: justicia.

El hombre vestido de hierro, dice Bismarck, es el hombre de nuestro tiempo.

El hombre vestido de razón, dice el Papa, es el hombre de Dios.

A los pueblos hay que domarlos, exclama aquél.

A los pueblos hay que convertirlos, exclama el Pontífice.

Y en este admirable torneo de principios, el mundo ve con asombro y con espanto que, si el infenso y encarcelado Pontífice llegara a desaparecer, la libertad y la dignidad humanas quedarían a merced del cetro de hierro de Bismarck, sin que hubiese una garganta que pudiera protestar contra el tirano.

Fuerza ó justicia: he aquí el dilema terrible, pero saludable, en que se encuentra Europa desde el momento mismo en que se eclipsó el poder temporal del Romano Pontífice y el salvaje redoblar de los tambores ahogó la voz augusta del Padre de los creyentes.

Y tan claro y tan general es el dilema, que todo el miedo de Europa de que la resucitada cuestión de Oriente engendre una guerra formidable estriba en que una gran potencia, Rusia, ha amenazado con arrojar una avalancha de cosacos sobre Bulgaria si este pueblo, tan pequeño como enérgico, no se somete incondicionalmente a la política del czar.

En el cual asunto ni una sola vez ha sonado para nada la palabra justicia, ni a nadie se le ha ocurrido recordar que todavía hay derechos en el mundo. Rusia ha invocado su conveniencia... y ahí se acabó el proceso de sus razones.

El Papa no ha intervenido en esta cuestión porque no se le ha preguntado su parecer, como en el conflicto de las Carolinas, por ejemplo. Pero el Papa, por el solo hecho de existir, aun sin pronunciar una palabra, ya es una protesta viva y constante contra todo abuso de fuerzas, toda agresión brutal a los derechos de un pueblo cuyo único crimen consiste en que no tiene tantos soldados como Rusia.

Ni hay oprimido que no tenga en el Papa su natural abogado, ni hay opresor que no tenga en el Papa a su natural juez.

Polonia é Irlanda han sido hijas predilectas del Pontífice, y si el Pontífice hubiera gozado del poder y la influencia que en otros siglos le reconocía Europa, ni Polonia ni Irlanda hubieran sido aherrajadas por sus tiranos.

Reconózcasele de nuevo, como hizo Bismarck en el negocio de las Carolinas, y lo de Bulgaria se resolverá con arreglo a justicia, a equidad y a prudencia, sin disparar un solo cañonazo.

Reconózcasele para siempre ese poder soberano que nace de su propia condición de Vicario del Dios de justicia, y las grandes naciones pueden desarmar al punto sus ejércitos y dedicar sus soldados al cultivo de la tierra ó a la colonización de países bárbaros.

¿Saben esto los grandes estadistas de nuestro tiempo? Quizá no: pero el sentimiento público, que suele tener intuición más clara que los estadistas y diplomáticos, lo empieza a entrever, y acaso pronto acabará por proclamarlo de alta voz, precisamente porque se va convenciendo de que el Papa, con estar prisionero, y despojado, y maltratado por quienes ¡oh vergüenza! llevan en su frente la señal del bautismo, es la única regla segura de moralidad política, el único mediador posible en los conflictos internacionales, la única verdadera fuente de rectitud y justicia y la única institución que vive por la propia virtud de su fuerza moral y por el influjo irresistible que ejerce sobre la más noble que tiene el ser humano: sobre la conciencia.

Sin él la sociedad cristiana se desquicia y el mundo se pierde. Eclipsado y todo, gracias a los destellos que desde la altura de su calvario nos envía, podemos todos marchar por los tortuosos senderos



de la vida moderna y libramos de caer en los abismos que bordean ambos lados del camino.

Tal es la verdad que se impone a los entendimientos más rebeldes, y que al fin se abrirá paso franco a través de la maleza de preocupaciones, errores y desatinos que nos legaron la Enciclopedia y la Revolución del siglo pasado.

En tal situación, el deber de los católicos respecto del Papa es claro y patente como la misma luz del día. Hablar con sus labios, hacer con sus manos y respirar con su propio aliento, entregándose, en fin, de tal manera a su voluntad, que en todo, absolutamente en todo, sin exceptuar aquellas cosas que fundamentalmente pueden ser discutidas, se vea que el hijo es un pedazo del corazón de su padre, que palpita con él, que ama con él, que llora con él y que no vive sino para él.

Somos de sus mismas entrañas, y sea cualquiera el sacrificio que nos exija nuestra adhesión filial, en el acto y sin vacilar un punto debemos hacerlo, quemando en aras de ese amor todos nuestros ídolos, y adorando única y exclusivamente aquello que él diga que debe ser adorado.

¿Es preciso para esto domar soberbias? Domémoslas. ¿Ahogar aficiones caducas? Ahoguémoslas. ¿Rectificar antiguos criterios? Rectifiquémoslos. ¡Ah! Ciertamente estas cosas que han echado en nuestro corazón viejas raíces llegan a formar parte de nuestro ser, y son como sangre de nuestra sangre y hueso de nuestros huesos. Pero Abraham, a la voz de Dios, no vaciló en sacrificar a su hijo. ¿Nosotros, soldados de Cristo, hemos de ser menos? No. Si el Papa nos manda sacrificar a nuestro Isaac, atémole al ara y alcemos la cuchilla. Quizá vendrá el ángel a detener nuestro brazo; y si no, ¿qué importa? El deber cumplido nos habrá salvado a todos.

VALENTÍN GÓMEZ.

## LAS CIENCIAS Y LA FILOSOFÍA

### I

**N**o son necesarias detenidas reflexiones para convencerse de que el orden de cosas actualmente establecido no puede durar mucho tiempo: y tampoco hay necesidad de ser profeta para predecir, en un porvenir más o menos próximo, el triunfo del catolicismo. Las puertas del infierno no prevalecerán, dice el Evangelio, y el Evangelio tiene pruebas de que es la verdad. Como otra arca de Noé, la Iglesia sobrevivirá al cataclismo, y, siendo ella la única depositaria de la verdad, lo mismo que Moisés al bajar del monte, continuará su misión, que es el enseñar esta verdad al través de las edades.

¿Tendrá entonces el mundo científico, lo mismo que el mundo moral y el mundo político, que recibir enseñanzas de la Iglesia? ¿Pueden las ciencias ser tributarias del dogma?

¿No hace ya dos siglos, que han hecho, sin la enseñanza religiosa, progresos tan brillantes, que es hasta inverosímil que reciban luz por ese lado? He aquí lo que se puede preguntar. Pero no será difícil responder a esta pregunta, si se quiere reflexionar, que los adelantos científicos son muchas veces más deslumbradores que reales, que están desprovistos de todo espíritu filosófico, que son materiales y carecen de unidad y armonía para convertirse en edificio.

¿Qué cosa más deplorable, en efecto, que el divorcio que han hecho las ciencias con la filosofía? Si la ciencia es el conocimiento de las cosas creadas por sus causas próximas, la filosofía, por su parte, es el conocimiento de estas mismas cosas eminentes. Y no buscando más que las causas próximas y secundarias, se pierde en los detalles, y no se ligan los hechos entre sí; no se observa un método bastante vasto para encerrar todos sus conocimientos en una unidad armoniosa, se consigue la profusión en vez de la unidad y la aglomeración en lugar de la armonía; no se quiere elevar a esos eminentes puntos de vista, donde se hallan grandiosos horizontes y la verdadera vista de las cosas.

Para conocer bien el universo, este inmenso edificio, conviene sí estudiar los detalles, pero no conviene obstinarse en mirar siempre de cerca, son tan necesarias las vistas del conjunto para formar una idea justa de la obra de Dios, como para la obra de un arquitecto.

¿Qué se diría de aquel que, para el estudio de una magnífica catedral, tratase de detenerse sucesivamente en cada una de sus piedras, para así conocerla en sus más minuciosos detalles, pero que

estuviera resuelto a no mirar jamás de lejos el conjunto, para adivinar el plan y la idea principal del edificio? Y esto es sin embargo lo que acontece a nuestros sabios. Nada de metafísica, nada de filosofía; tal es la palabra de orden, es decir, nada de miras elevadas; detalles innumerables y amontonados, he aquí lo que quieren y de lo que se vanaglorian.

### II

El objeto de la ciencia es la creación visible; los minerales, los vegetales, los animales y el hombre; se podría decir en rigor, que especialmente lo es el hombre, porque el hombre es el resumen de la creación, es el mundo en pequeño; un microcosmo, (mundo abreviado).

Contiene los minerales que se los asimila, y que, aunque dominados por la vida, no por eso manifiestan menos en él sus fenómenos físicos y químicos.

Contiene al mundo vegetal, porque en él se hallan las propiedades de los vegetales, la generación, la nutrición.

Contiene al mundo animal, porque en él se encuentran las facultades animales, la locomoción y las diversas sensaciones.

En fin, por su razón, destello de Dios, se transforma en un ser moral y en lazo de unión entre la creación material y el mundo invisible.

Puede mirarse por lo mismo el conocimiento del hombre como el resumen de la ciencia y la obra maestra de la creación. He aquí por qué el hombre es el punto principal cerca de quien se libran las luchas científicas, y por qué también el catolicismo, en su misión de ilustrar las ciencias, tendrá especialmente y desde luego que medirse con los fisiólogos y los filósofos, que han hecho de la naturaleza humana objeto principal de sus estudios.

Pero sea que se considere a los objetos de la creación separados los unos de los otros ó en su resumen, que es el hombre, siempre él tendrá dos medios para conocerlos; los sentidos y la razón; los sentidos conocerán el hecho particular, el objeto concreto; pero la razón se elevará de lo particular a lo universal, del hecho a su causa eficiente y adecuada; se lanzará a alguna cosa más noble que el hecho, a su principio.

En todos tiempos se ha admitido este método de conocer. Platon lo celebraba bajo el nombre de dialéctica; y dice de ella, que se eleva del contingente al necesario, de lo finito al infinito. Todos los filósofos que merecen este nombre proclaman este modo de conocer, el método por excelencia. Ahora bien, este método principal es el que rehúsa la ciencia moderna, la ciencia que se llama *positiva*.

Hace ya doscientos años, que Locke y Condillac, los maestros del sensualismo moderno, enseñaban ya la superioridad de los sentidos en los conocimientos humanos. Todavía no formulaban con claridad su tesis; no hacían más que insinuarla y se contentaban con defenderla de una manera teórica, sin tratar de apoyarla con hechos científicos.

La fisiología de Magendie ha avanzado ya más: «A él le atañe la honra, dice N. Chauffard, de haber introducido la experimentación en fisiología; pero ha tenido el gran defecto de atribuir a la experimentación una influencia exclusiva y el sacrificarlo todo. Magendie no quería la experimentación para que sirviera a la idea, la quería bruta y desnuda. No aceptaba en la ciencia sino hechos, y destrataba de ella todo lo que fuese idea general y concepto de la razón; no creía sino lo que veía y lo que tocaba. La razón le parecía un arma inútil y peligrosa. Toda idea de causa propia y final en los fenómenos vitales le repugnaba. Se burlaba cruelmente de la Medicina y de los médicos que creían en esta causa y en esa finalidad. Tales fueron también las prevenciones que él legó a su discípulo M. Claudio Bernard.

» Este aceptó la herencia. Colocó tan alto el culto de la experimentación, recogió de ellas tales frutos, y tanta gloria, que apareció en sus manos como el único método. Para él, lo mismo que para Magendie, nada hay científico sino lo que puede ser *determinado* y probado por la experimentación. Todo fenómeno vital debe referirse a su mecanismo de producción. El *determinismo* de los fenómenos es por lo mismo el único objeto y la única obra de la ciencia. Nuestros conocimientos deben limitarse a esto. El *determinismo* es el juego, la realización de las causas próximas y materiales, las solas que son accesibles. Todo lo demás se nos evapora. » He aquí bien patente el partido tomado de antemano por los sabios que se obstinan en atenerse a los detalles y desprecian las vistas del conjunto.

Tras el desdén, que todavía puede parecer sospechoso, de M. Claudio Bernard, vienen luego las afirmaciones más cortantes de otros sabios. Según los

señores Robin y Littré, la vida es el resultado de la organización y del medio en que está colocado el animal viviente; el espíritu es una propiedad de la sustancia nerviosa. Según otro sabio, la filosofía *positiva* sienta por principio, que el hombre es todo materia y que no tiene alma.

» En una palabra, en nuestra época, dice el Padre Meric, las ciencias físicas y químicas, haciendo penetrar un rayo de luz en las profundidades de la materia han seducido el espíritu humano con la claridad de este rayo, se adelanta, y embriagado de las maravillas y transformaciones que se le presentan por primera vez, se concreta a la materia y no ve más que a ella; y quiere que ella lo explique todo.

» ¿Y por qué no se ha de aplicar efectivamente a los fenómenos del pensamiento y de la vida la grandiosa ley de la equivalencia y trasmisión de fuerzas? ¿Por qué las fuerzas materiales, que producen tan asombrosas maravillas en la naturaleza, no han de tener también poder de producir la vida en el cuerpo humano y el pensamiento en el cerebro? Y si nosotros podemos establecer esta unidad de fuerzas en la naturaleza, si demostramos por el análisis y la experiencia, que toda la naturaleza es una sustancia material animada por una fuerza obrando sin cesar, y transformándose en un turbillón vital, ¿qué necesidad tenemos del alma y de Dios? » Tal es en el fondo la ciencia positiva moderna. ¿Cuáles son luego los resultados? Esto es lo que vamos a ver.

### III

Dejemos también la palabra al Padre Meric: «Los sabios contemporáneos, dice, han olvidado las leyes que rigen el espíritu humano, y la decadencia de ideas especulativas y elevadas, preparando así el triunfo de doctrinas malsanas, ha patentizado el abatimiento de la razón pública. La razón está enervada; tiene horror de las verdades abstractas, de las especulaciones metafísicas, de los pensamientos varoniles y desnudos, de las grandes cuestiones propuestas por nuestros antepasados en la vida del espíritu. Abierta la inteligencia a los sofismas y cerrada a la verdad, no puede ya franquear las nubes tras las que se extienden los esplendores del mundo ideal y real, acepta fácilmente la mentira, y se muestra audaz é insolente contra las grandes verdades profesadas en todos los siglos, como patrimonio y honra de la humanidad. »

Semejantes desórdenes en la inteligencia se traducen muchas veces en el mundo social en hechos sobre los cuales no hay necesidad de insistir. Hablemos solamente de la Medicina, que depende más directamente de la fisiología. Esa ciencia está privada más que ninguna otra de una doctrina general. Su enseñanza carece de solidez, de grandeza y de brillantez, porque está desprovista de dirección, de bases y de principios. No se sabe lo que es el hombre sano, y no se puede saber lo que es el hombre enfermo. Se recogen solamente hechos y aun muchos hechos; pero como no se trata de generalizar, se extinguen antes de que se pueda dirigirlos a las leyes fundamentales. No se remonta ni aun al pasado, ó se limita a proclamar el resultado de la experiencia enteramente personal, caduca é infiel. Para un médico joven, la Medicina data de ayer ó de hoy, piensa y obra a su manera, según sus fuerzas, con su independencia, pero también con toda la incertidumbre que llevan consigo el titubeo y la falta de método.

### IV

¿Cuál pues será el remedio de estos males? Es el salir de la tierra y el elevarse hasta las regiones serenas *edita templum serena*, desde donde se descubren dilatados horizontes. Sí, es necesario retornar a la filosofía, es necesario constituir una filosofía de ciencias, y es necesario que esta filosofía ilumine las ciencias con una luz nueva.

Pero esta filosofía no puede ser teórica, especulativa y separada de los hechos científicos. Hoy día el estudio del alma ha entrado en una vía nueva. No puede permitirse ya al filósofo cristiano, olvidar en sus demostraciones las objeciones presentadas a nombre de la fisiología.

Quando no tenía más adversarios que ateos ó panteístas, tenía derecho para apelar a la sola razón para la defensa y el triunfo de la verdad. Hoy día, los sabios le llaman al terreno de la experimentación; y en este terreno es necesario seguirles; porque confiándose en la abstracción, se evolucionaría en el vacío. Es necesario pues un método filosófico bastante lato para no excluir los datos de la observación científica y para englobar todos los hechos físicos, químicos y biológicos en sus vastos principios.

Descartes no podría ya sostener ahora, que los cuerpos están solamente compuestos de átomos, porque se sabe, que además de los átomos mate-



riales, entran otras fuerzas en su composición. Tampoco podría sostener mejor, que los animales están privados de sensación y que el alma humana reside en la glándula pineal.

Mallebranche tampoco agradaría con sus *causas ocasionales*, diciendo que Dios toma ocasión de los movimientos del cuerpo para producir percepciones correspondientes en el alma, y que con ocasión de los deseos del alma produce los movimientos del cuerpo.

Tampoco se admitiría mejor a Leibnitz, si viniese a hablarnos de su *armonía preestablecida*, y a decirnos, que el alma y el cuerpo se conforman entre sí, como dos relojes, independientes el uno del otro, que marcase siempre la misma hora, no á causa de su influencia recíproca, sino á consecuencia de la armonía preestablecida por el Creador. Del mismo modo estaría Barthez en contradicción con la observación, si viniese á decirnos, que en nosotros hay un principio vital diferente del alma racional.

Es verdad, que esta última opinión está expresamente condenada. Pero ya he dicho bastante para hacer ver, que en las opiniones más ó menos toleradas, pueden hallarse muchas que no satisfarán á la ciencia, que estarán directamente en contradicción con ella, y que no tendrán principios bastante vastos para comprender todos sus datos en la sencilla y grande unidad de una sola y de una misma doctrina.

Esta doctrina, englobándolo todo, en una armoniosa unidad, he creído hallarla en Santo Tomás. La lectura de este santo é ilustre doctor ha sido para mí como una revelación. La ligereza del bagaje filosófico, que en el día se saca del colegio, debe hacer sufrir más adelante al que estudia la parte material de hombre quisiere conservar su fe una prueba terrible.

Del colegio se sale con la idea de que el alma tiene tres facultades; la sensibilidad, la inteligencia y la voluntad; más adelante, si se hacen algunos estudios sobre este asunto, el P. Gratry os afirma que no puede ser de otra manera, porque estas tres facultades del alma representan las tres personas de la Santísima Trinidad, que ha hecho el alma á imagen suya, y que todas tres tienen también sus equivalentes en el cuerpo, que el mismo es también la imagen del alma. Se queda pues convencido de que el alma tiene tres facultades y nada más. Pero apenas se aborda el estudio de la fisiología, cuando se pregunta qué cosa son las facultades de moverse, de nutrirse, de reproducirse, que se hallan en el hombre.

¿Son estas facultades de sólo el cuerpo? Si el cuerpo solo puede nutrirse y moverse, ¿por qué él solo no ha de poder sentir? Porque el sistema nervioso preside del mismo modo en el sentimiento, como preside en el movimiento. Y si el cuerpo puede sentir sin el alma, ¿por qué no ha de poder pensar? Según se ve, el error tiene su lógica, y que la pendiente es rápida, cuando se ha dado el primer paso; y el primer paso es fácil, cuando no setienen sino nociones incompletas respecto de los principios.

Obligados á hacer las facultades inferiores del alma el objeto de sus estudios habituales, el médico y el fisiologista se aperciben pronto, que la filosofía, tal como se les ha enseñado, no les sirve de provecho ninguno, renuncian pues entonces á ella como á una cosa inútil; y dichosos cuando conservan todavía como una antorcha necesaria algunas ideas que esta filosofía truncada les ha suministrado sobre las facultades superiores del alma, sobre la inteligencia y sobre Dios.

Pero, al lado de estas cuestiones de Dios, de la inteligencia y de la razón, que son, á la verdad, las principales, ¿cuántas otras hay dejadas á la sombra ó mal resueltas desde Descartes por la filosofía? ¿Cuál es en nosotros el principio de nutrición? ¿Hay en los animales un principio de la vida nutritiva y de la vida sensitiva? ¿Si no lo hay, por qué lo hay en el hombre? ¿Si lo hay, luego es percedero; además de que, luego es divisible en las plantas y en ciertos animales inferiores, puesto que sus partes divididas pueden vivir separadamente? Por otra parte, ¿qué viene á ser la vida en general? ¿Cuál es el papel de los órganos y cuál el papel del alma en las funciones de la vida? ¿Cuál es el papel del cerebro en la producción del pensamiento?

Cuestiones difíciles y ociosas, se nos dirá. —

Estas cuestiones son difíciles, pero están muy lejos de ser inútiles, porque se presentan á cada instante ante aquel que se entrega al estudio del hombre; y nosotros las hallamos á cada página como objeciones contra la existencia del alma, en los libros de nuestros adversarios.

Y no está en los hábitos de la polémica cristiana eludir las dificultades, alegando que no son admisibles, ni encerrarse en las regiones inexpugnables de la fe, cuando puede combatir en el terreno libre

solución que se halla en ellas de todas las objeciones que naturalmente se presentan al entedimiento en el estudio de las ciencias, y de las que los materialistas y los positivistas han alegado contra la tesis del alma. El ingenio del santo doctor parece haberlo adivinado todo anticipadamente, tanta verdad es, que el error siempre anda en un círculo, y que las cosas que ahora se nos presentan como nuevas, han sido ya objetadas y refutadas hace mucho tiempo. Los sabios hostiles de nuestros días queda-

Que Santo Tomás es una de las más firmes columnas de la Iglesia, nadie hay que pueda ignorarlo. Pero que esté llamado á ser algún día el legislador de las ciencias, es cosa presentidaya por algunos de sus discípulos, y lo que debiera entrar en la convicción de todos.

En el siglo de Luis XIV, Goudin, exponiendo los principios de la filosofía escolástica, ensayó, sin llegar á la altura de su empresa, adaptarla á los conocimientos científicos de su tiempo. No conviene sin

oscura á los principiantes, es la única que sufre la prueba de los hechos. El P. Liberatore separa, con arreglo á la doctrina de Santo Tomás, lo que pertenece á la animalidad en el hombre de lo que pertenece á la inteligencia; y explica, siempre según la enseñanza escolástica, por qué el cerebro está enteramente ligado á la producción del pensamiento, y sin embargo, no es su órgano, porque la inteligencia no tiene órgano material. También trata según los mismos principios de la unidad del principio

prestaría á las ciencias un servicio inmenso y pondría el coronamiento á la obra trabajosamente elaborada por los sabios de los dos últimos siglos.

A Santo Tomás no se le seguiría servilmente, sería solamente un maestro y un guía. El ha sentado los principios, pero la aplicación que hace de ellos á las ciencias no puede ser siempre exacta, porque las ciencias en la Edad Media estaban todavía en la infancia. Y si hay alguna cosa que pueda admirarnos, es, que con unos datos tan falsos como le suminis-

traban los sabios de su tiempo, todavía el santo Doctor haya podido elevarse á las definiciones científicas, que excitan nuestra admiración, aun después de seiscientos años de pacienzudos trabajos é innumerables descubrimientos. Pero aquí está precisamente el trabajo que hay que llenar, sus principios son verdaderos, pero no se les ha aplicado; se trata de hacer esta adaptación.

He aquí la obra á que León XIII ha invitado á los hombres amantes del trabajo y del estudio. Que estudien ellos la filosofía de Santo Tomás, y luego que apliquen su método á las ciencias modernas, á la fisiología principalmente, y verán cómo se crea el orden en sus inteligencias, cómo la luz ilumina los caminos en otros tiempos recorridos y se distinguirán los que todavía quedan por recorrer.

La grandiosa síntesis de las ciencias físicas y naturales, cuya elaboración hubiese tenido nuestro siglo la honra de haber visto, hallará seguramente en la resurrección de la filosofía cristiana su más sólido punto de apoyo; y porque el espíritu de Santo Tomás vivificará las cátedras de nuestra enseñanza superior, abrigamos la firme esperanza que nuestros hijos, desembarazados de los sofismas, de los perjuicios de los miopes y de los delirios de nuestros pretendidos sabios del día, tendrán por fin una idea justa de la verdadera ciencia, aquella en que Santo Tomás define el conocimiento de las cosas por sus causas, *cognitio rerum per causas*.

C. P. M.

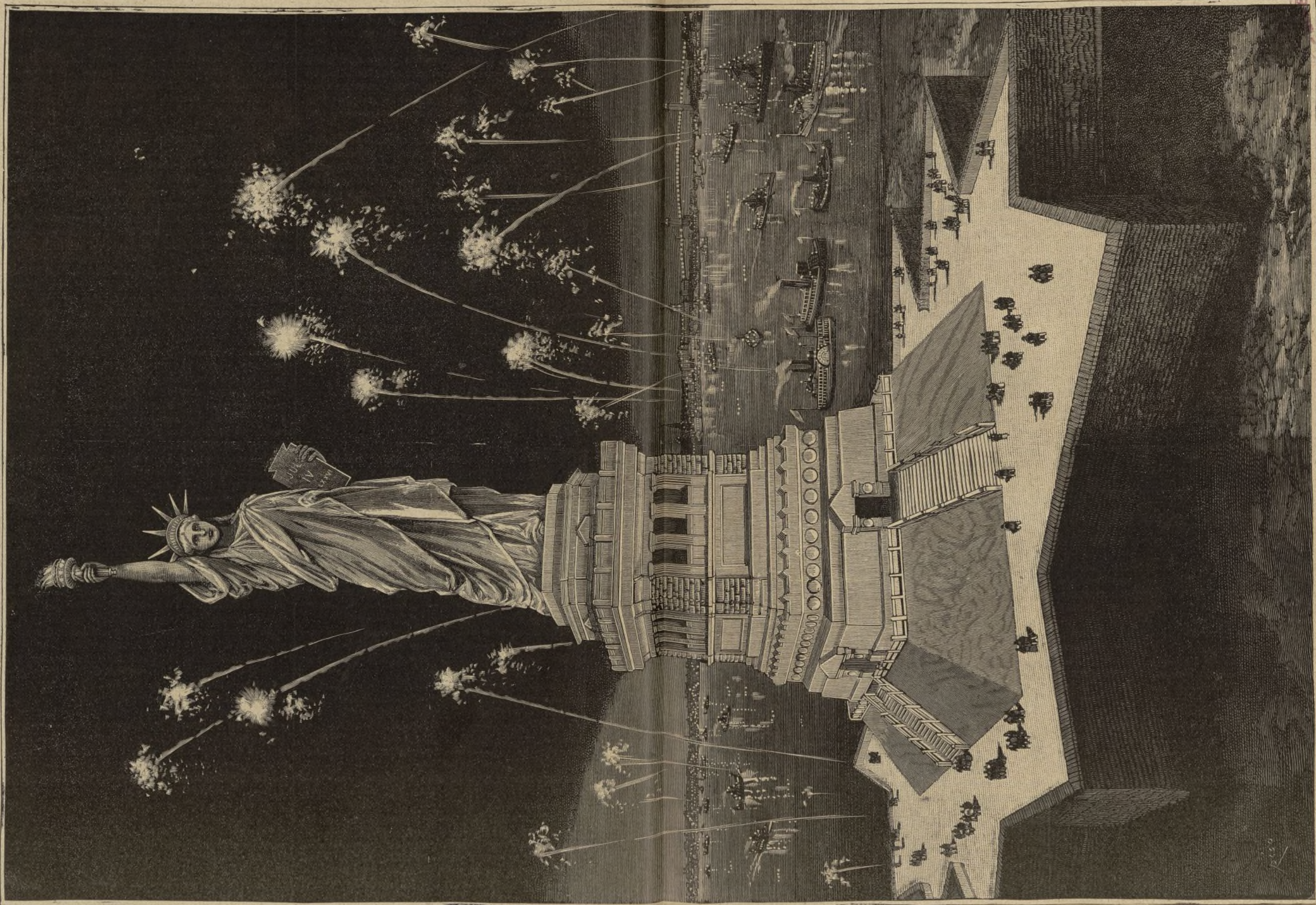
## ALTERACIÓN DE LOS ESCRITOS

MUCHAS veces, con un fin criminal, se altera el escrito, haciendo desaparecer en un contrato cualquiera lo que está sobre la firma ó signo, para sustituirlo con una redacción nueva, ó se limitan á modificar ciertas partes de manera que cambien el sentido de las frases. El perito químico puede ser llamado á determinar estas alteraciones. Pueden hacerse de dos maneras: por raspadura ó por lavado; la primera, aunque más cómoda es, sin embargo, porque se adelgaza el papel y deja trazas visibles á simple vista. Es cierto que el falsificador, para restablecer el grosor, puede emplear la grasilla ó el alumbre, pero estas sustancias se descubren fácilmente por sus propiedades diferentes á las de aquél, y por otra parte, se les puede quitar y poner de manifiesto el adelgazamiento del mismo.

Cuando se opera por loción mediante el cloro ó los ácidos, es posible quitar toda ó parte de la cola que impide que el papel se corra, y por consiguiente, se notará embonado. Es muy difícil sustituir esta cola. Algunas veces se la sustituye en el papel empapándole en una solución de gelatina. En el día se hace muchas veces uso de un jabón de resina ó de cera y alúmina y se le añade un poco de fécula; en este caso, la materia se quita muy mal con el agua cuando ha sido empleado como apresto la gelatina. Pero si se trató de restablecer la cola, la investigación es mucho más fácil de practicar á causa de la diferencia de propiedades de la materia normalmente contenida en el papel y la gelatina que se emplea. Esta se colora, en efecto, en amarillo por el iodo y la fécula en azul violado.

Cuando el perito es llamado á decidir sobre alteraciones de escritos, he aquí cómo debe proceder: 1.º Es necesario examinar el papel con la lente en todas sus partes, mirándole en diversas direcciones y sentidos. De este modo pueden tal vez observarse puntos adelgazados por el raspado ó bien resto de las letras antiguas.

2.º Se colocará el papel sobre una lámina de vidrio apropiada, y se empapa en agua completa y uniformemente; después, separando el vidrio, se



INAUGURACIÓN DEL FARO "LIBERTAD" EN LA ENTRADA DE LA BAHÍA DE NUEVA YORK.

embargo juzgar como quimérica la posibilidad de aplicar á las ciencias la doctrina de Santo Tomás á pesar de este ensayo desgraciado.

En nuestros días, el P. Liberatore ha emprendido igualmente demostrar el acuerdo que existe entre los grandiosos principios de Santo Tomás con las ciencias. Su libro satisfará más á los lectores de hoy día. Según él, la materia y la forma dan la explicación de muchas de las sublimes cuestiones de física y de química, entre otras de los equivalentes, y, estas explicaciones en vano se buscarían en otro método filosófico.

La tesis de la materia y la forma, que parece tan

de la vida, y de la unión del alma y del cuerpo.

Aun más recientemente todavía el doctor Frédault ha adoptado igualmente la doctrina escolástica, y la aplica muy especialmente á la cuestión de la actividad humana y de las relaciones entre el orden vegetativo, el orden animal y el orden intelectual.

Este resumen da una idea de la obra grandiosa que tendría que realizar quien emprendiese regenerar las ciencias con la filosofía escolástica. Tendría que caminar en una dirección, donde le han precedido ya algunos grandes ingenios; pero hallaría muchas veces sendas inexploradas. Y si llegase á salir con su empresa, conduciéndola á feliz término,

del raciocinio. Tampoco conviene nunca dejar enmohecerse la razón, habituándola á callar; da entrada fácil al sofisma, cuando está acostumbrada á la impotencia. Los más grandes doctores de la Iglesia siempre han abordado resueltamente las cuestiones difíciles, y las han resuelto por las fuerzas del raciocinio, cuando estas cuestiones eran de aquellas que Dios ha entregado á nuestras discusiones.

Santo Tomás es de este número. Lo que desde luego llama la atención, cuando se abren sus obras, después de la armoniosa unidad de su doctrina, y después de la universalidad de esta doctrina, que abraza toda la creación y al mismo Creador, es la

rían extraordinariamente atónitos, si supiesen que sus argumentos son armas viejas ya gastadas y arrinconadas en tiempos pasados por sus antecesores, por haberse ya quebrado en la lucha; y que en materia de errores nada hay nuevo debajo del sol.

Sería una empresa superior á mis fuerzas, hacer dignamente aquí el elogio de Santo Tomás, el más grande ingenio que acaso ha existido jamás, y de quien un Papa, Clemente VI, decía: «Tomad sus obras y leed. Jamás se aparte su doctrina de vuestra boca, jamás de vuestra memoria. Meditándola, no os extraviéis, apoyándoos en ella, no caéis, enseñándola, no os engañéis, y estudiándola, llegáis á la verdad.

Ayuntamiento de Madrid



examinará la hoja de papel por trasmisión, siempre con la lente. Si tiene una traslucencia igual por todas partes de modo que no se perciba opacidad ni transparencia mayor en un punto que en otro, hay motivo para creer que no ha habido raspadura. Si se observan puntos opacos, es probable que la haya habido y de seguida cubierto con sandaraca, sobre la que el agua no tiene acción; si se perciben puntos transparentes, puede creerse que se ha raspado y dejado intactos los puntos rascados, ó que se les ha recubierto de una sustancia soluble en el agua, como el alumbre.

3.º Se deja secar el papel y se le trata de igual manera por el alcohol á 87º centesimales. Este líquido hace aparecer á veces detalles que no aparecen con el agua, y confirma los que habían aparecido con ésta; disolviendo la sandaraca, determina la transparencia que por el tratamiento de aquella aparecían oscuros.

4.º Se deseca el papel y se le pone sobre otro de seda y se pasa por él una plancha caliente de hierro, como si se tratase de planchar la ropa. No es raro que se vea, después de esta operación, trazos de la escritura antigua que no eran aparentes antes de hacer esto. Se puede también, según lo ha propuesto Lassaigne, exponer el papel á los vapores del iodo; si no ha sido alterado, toma una tinta uniforme, amarilla cuando se ha aprestado con gelatina; violácea, cuando lo fué con jabón, resina y fécula. Si, por el contrario, ha experimentado un segundo encolado con el fin de encubrir el fraude, y lo fué con gelatina, habiéndolo sido primitivamente con la mezcla ordinaria, aparece violáceo en ciertos puntos y amarillo en otros.

5.º Se examina si el papel es ácido. En efecto, cuando se le ha lavado con cloro, que origina el clorhidro-hídrico, ó se ha empleado un ácido cualquiera, conserva una acidez marcada. La presencia del alumbre empleado para ocultar las raspaduras, le comunica también propiedades ácidas. Esta acidez por sí sola no es un carácter de mucha importancia, porque en las fábricas se blanquea la pasta de papel con cloro, del que no se le priva siempre tan completamente como sería necesario, para evitar que el que quede se acidifique comunicando sus propiedades á éste. Pero si se encuentra ácido en ciertos puntos determinados y á la vez los puntos que enrojecen el tornasol reunidos tienen la forma de letras, la indicación sería preciosa. Para comprobar si es así, lo mejor es, antes de haberlo mojado, extenderle sobre una hoja de papel de tornasol humedecido y prensarle ligeramente. Todos los puntos ácidos dejan una señal roja sobre éste.

6.º Se coloca extendido de nuevo el papel sospechoso sobre una lámina de vidrio, y con un pincel se extiende sobre él una disolución de tanino, ó mejor de cianuro de potasio que contenga 1 por 100 de esta sal y acidulada con ácido acético. Si no aparece nada desde luego, no hay que desmayar, porque en algunas ocasiones, sólo después de haber aplicado gran número de veces el reactivo es cuando se ven aparecer restos de lo antiguamente escrito; en muchas ocasiones han sido necesarios meses. La acción del ferrocianuro potásico da color azul en los puntos donde existió lo escrito, si esta escritura fué hecha con tinta ordinaria, cuya base es un tannato de hierro. En efecto, por muy perfecto que haya sido el lavado, queda siempre algo de óxido férrico, con el que el reactivo da azul de Prusia.

Si en esta operación se temiera alterar el papel, será necesario desde luego dirigirse al juez para que se saque una copia auténtica, y poder de seguida continuar las investigaciones.

7.º Algunas veces el papel se hace friable. Este carácter presenta algún interés, porque hace presumir la loción con ácido sulfúrico. Pero como esta alteración puede reconocer otras causas, la humedad, por ejemplo, es necesario comprobar en este caso si hay realmente dicho ácido; para ello es suficiente lavar con agua destilada y ver si las aguas de loción precipitan por el cloruro bárico, el precipitado debe ser sensible, pues si sólo se presenta una nebulosidad, será debida á los sulfatos del agua común que se empleó para hacer la pasta. Si hay ácido sulfúrico, por otra parte no es difícil que por una elevación de temperatura conveniente se concentre lo bastante para carbonizar el papel.

8.º Es también muy importante, en el caso que se sospeche la loción por el ácido sulfúrico, examinar con detención, por medio de la lente, si el satinado no es un carácter especial. Sucede, en efecto, que este ácido, descomponiendo los carbonatos contenidos en el agua empleada en su fabricación, levanta los filamentos para escapar el carbónico.

9.º La tinta antigua es más difícil que desaparezca que la reciente. Esta da algunas veces el medio de hacer que reaparezcan las letras antiguas sobre las que se han escrito las nuevas. Para esto se toma

una disolución de ácido oxálico á un cincuentavo, y se pasa por donde se desee, mediante un pincel fino; en el momento en que se vea desaparecer la tinta se hace caer agua sobre dicho punto para sustraer el ácido.

Después de desecado, se repite la operación, y así continuando hasta que haya desaparecido todo, sin que hayamos podido ver nada ó que se hubiese percibido distintamente lo antiguamente escrito.

10. La loción con ácido clorhídrico débil puede, según Lassaigne, dar indicaciones útiles para demostrar que una acta no ha sido escrita con la misma tinta. Este ácido hace desaparecer poco á poco las letras escritas con tinta ordinaria sin producir cambio particular, y colora en rojo la que contiene campeche ó enverdece la que lleva azul de Prusia.

Algunas veces el perito es llamado á declarar sobre la existencia de un papel de dos hojas unido en una, como en el proceso de Preigne, que fué juzgado en 1852. Este está formado de papel unido por los bordes, pero de manera que el superior no llegue hasta el extremo del inferior. Se escribe sobre el primero una cosa insignificante, y sobre el de debajo y en la parte que excede al de encima, se hace firmar al que se engaña. En el proceso de que hablo se trataba de un recibo de 300 francos que M. de Préville había firmado.

Cuando se ha conseguido la firma, se arranca la hoja superior y queda un blanco sobre el que puede escribirse cuanto se quiera.

En dicho proceso, los peritos, colocando dos papeles mojados sobre el acta, vieron que pedazos de papel se adherían á muchos puntos y que el conjunto de éstos formaban un cuadro que correspondía á la forma del papel pasando la línea inferior por encima de la firma. De este hecho dedujeron era falso el recibo, y así fué declarado por el tribunal imperial, aunque el Jurado había considerado satisfecho á M. de Preigne.

Se han propuesto muchos medios fáciles para evitar las alteraciones de lo escrito. El único que satisface en todas las condiciones, es valerse del papel de seguridad de Grimpé, fundado en la impresión con una tinta grasa por una parte y por otra de una tinta indeleble, de dibujos microscópicos, cuya reproducción sea imposible. Desgraciadamente la Administración hasta el día no proporciona una seguridad completa. — (NAQUET).

## LAS MISIONES CATÓLICAS

DURANTE EL PONTIFICADO DE LEÓN XIII

En los pocos años de su pontificado, el augusto León XIII ha promovido de una manera notable esta obra, especialmente encargada á su solicitud de primer Apóstol y Cabeza del Colegio Apostólico. En 3 de Diciembre de 1880, fiesta del Apóstol de las Indias, San Francisco Javier, publicó la Encíclica *Sancta Dei civitas*, por la cual favorecía y alentaba la *Propagación de la fe*, la *Santa infancia* y las *Escuelas de Oriente*, obras encaminadas á la conversión de los gentiles; poco después encargaba Su Santidad á muchos religiosos de varias Ordenes, el trabajo de recoger y ordenar los documentos concernientes á los diversos ritos orientales. En 15 de Marzo de 1884 trasladaba fuera de Italia la administración de los bienes de la *Propaganda*, atacada inicua mente en los derechos que le asisten, y despojada en parte de los caudales que constituyen el patrimonio internacional de toda la Iglesia.

El Sumo Pontífice ha tenido la inmensa satisfacción de ver coronados con el mejor éxito sus esfuerzos: evitó el cisma de Armenia, y el reverendísimo Sr. Hassoun, con su elevación al cardenalato, ha asegurado la facilidad de las relaciones entre la Santa Sede y la Sublime Puerta. El shah de Persia recibe con respeto á Mons. Tomás, Delegado Apostólico de Teheran y Superior de los misioneros lazaristas. El emperador de la China ha admitido cerca de su persona con toda distinción á monseñor Giulianelli, enviado del Papa, y parece que se ha entablado una verdadera representación entre el Vicario de Jesucristo y el soberano del Celeste Imperio.

En 14 de Mayo último el emperador del Japón dispensaba análogos honores á Mons. Ozouff, representante de Su Santidad.

León XIII ha erigido los nuevos vicariatos apostólicos de Mangalore y de Penjab, y prepara la organización de la jerarquía eclesiástica en la India, con la delegación apostólica de Mons. Agliardi, en los momentos precisos en que el Tonkin y la Cochinchina dan á la Iglesia innumerables mártires. En la América septentrional ha erigido un arzobispado,

ocho obispados y tres vicariatos apostólicos; ha instituido el arzobispado de Santo Domingo y la misión de Mons. de Milia en Haití; ha promovido la celebración del Concilio de Baltimore y confirmado sus actas, y en la América del Sur cada república ha recibido su delegado apostólico.

Los hijos de Dom Bosco (salesianos) se han establecido sólidamente en la Patagonia, y los misioneros del Sagrado Corazón, al desembarcar en la Nueva Guinea, han tomado posesión de aquella tierra en representación de León XIII, dando el nombre de *Puerto León* á su primer establecimiento. La Australia ha visto á su primer Cardenal y celebrado el primer Concilio australiano. Madagascar, Zanguebar, la Misión del Victoria Nyanza, tienen su Vicario apostólico; Dahomey, Costa de Oro y Zambese, un Prefecto apostólico; Cartago y Argel, un Arzobispo Cardenal, que impávido desarrolla un vasto plan de exploración y evangelización por el interior del África.

Para el sostenimiento de tantas Misiones y de sus grandes necesidades, requiérense cuantiosos recursos, de que dista mucho de poseer Su Santidad, y preciso es que en tan santa y civilizadora empresa le ayuden con su óbolo y ofrendas de toda especie los fieles hijos de la Iglesia.

Que la próxima celebración de las *Bodas de oro* de León XIII sea un poderoso resorte que mueva por modo especial los corazones todos en favor de sus nobles fines, por todos los medios de que dispongan, seguros de la divina recompensa.

## LAS PIELES Y SU CURTIDO I

### I

El arte del curtido, ó sea la conversión de las pieles en cueros, data de muy remota antigüedad, como lo demuestran los productos que se encuentran en los pueblos más salvajes, y de los cuales se han presentado algunos en la última exposición de París.

La piel de los animales se compone: 1.º de la epidermis ó cutícula, que es un tejido seco, elástico, transparente y guarnecido de pelos más ó menos abundantemente; 2.º del tejido reticular, que se considera como el asiento de las papilas nerviosas, y de la materia colorante que da su color á la piel; 3.º de la dermis ó verdadera piel, que es una membrana más ó menos gruesa, formada de fibras entrelazadas, dotadas de elasticidad y que pueden convertirse en gelatina por la acción del agua hirviendo; 4.º de una materia albuminosa que forma los bulbos que debe alimentar el pelo, lo que ha dado lugar á decir que los pelos contienen un aceite colorante, sales terrosas y albúmina.

Las pieles que circulan en los diferentes mercados provienen: 1.º de los ganados que se matan para el consumo de las poblaciones; 2.º de ganados que mueren naturalmente; 3.º de caballos muertos naturalmente ó que se matan cuando llegan á ser inútiles, ó cuando han adquirido enfermedades contagiosas; 4.º de las pieles saladas importadas; 5.º de las pieles secas importadas, con pelos ó sin pelos. Las pieles importadas de los Estados de América Central y de la América del Sur, de Cuba y de las islas del Cabo Verde, suministran también un considerable contingente á los mercados de Europa.

Las pieles de buey y de búfalo se aplican á la preparación de los cueros fuertes, es decir, para suelas. Las de búfalo preparadas con aceite sirven además para objetos de equipos militares y para la confección de cueros para el afilado ó repaso de las navajas de afeitar; las de vaca y ternera, dan unos cueros blandos que reciben en el comercio el nombre de *mollerie*. Los cueros de caballo y de mula dan mala suela y no se aplican más que para las palas del calzado y para la fabricación del chagrín. La piel del toro es muy gruesa y esponjosa; la flor ó parte mejor que se emplea en las capotas de los carruajes, y la parte carnosa para las suelas primeras. Las vaquetas de las Indias se aplican á la fabricación de cinturones.

La piel bison sirve para hacer alfombras para abrigo de los pies. Las pieles de corderos, que principalmente se recogen en el Mediodía de Francia, en España y en Italia, se curten ó gamuzan para la guantería; las más estimadas son las procedentes de Persia, de Ucrania y de Crimea. La piel de cabrito se emplea mucho también en la guantería, sobre todo para los guantes de cabritilla ó lustrados. Las de rupicabra ó gamuza preparadas por los gamuzadores, muy apreciadas por su solidez y su flexibili-

1 De la Revista popular de conocimientos útiles.



dad, sirven para hacer calzones para montar y guantes. La piel de corzo se prepara para el mismo uso en color de gamuza. La que en el comercio recibe el nombre de piel de gamo procede del corzo de la Luisiana y del Canadá, y sirve para los usos que acabamos de indicar, y especialmente para guarnecer las teclas de los pianos, y para limpiar los objetos de oro y de plata.

Las pieles de oveja y de carnero se emplean mucho en zapatería y para la confección de pergaminos, y las de cabra sirven en el Mediodía para hacer pellejos ó corambres para el transporte de vinos, aceites y otros líquidos, utilizándose también para el calzado cuando están preparadas con corteza, y para los tafiletes cuando se preparan con zumaque. Las pieles de perros curtidas se emplean para la fabricación del calzado y para la de guantes. Las de jabalí y las de cerdo se aplican mucho por los guarnicioneros y silleros. Los tambores y timbales se hacen de pieles de cabra, de lobo y de otras. La de asno sirve para hacer el pergamino y el chagrín, y las pieles de cisne se utilizan por los abaniqueros.

Empléanse mucho por los estuchistas las pieles llamadas de galuchat, y que proceden de las rayas y lijas, usándose mucho en Inglaterra las pieles de pescados curtidas á fondo, especialmente las de valrús, para el pulimento y bruñido del acero, objetos de cuchillería, guarniciones de bombas y otros usos análogos.

Todas las pieles de los cuadrípedos pueden aplicarse á la fabricación de cueros, siendo las mejores de las empleadas en la curtiduría las del ganado vacuno, siguiendo á éstas las de los ganados caballar, mular y asnal.

La práctica ha demostrado que la resistencia y bondad de las pieles no depende exclusivamente de la especie del animal de que procede, sino que depende en gran parte del género de vida que el mismo haya llevado. Así es que el animal salvaje es muy superior respecto á las condiciones de su piel que el animal doméstico, y en cuanto á éste, tiene la piel mayor y más sólida si se ha mantenido en praderas ó ha vivido en estabulación.

El espesor de la piel de un animal determinado, es en extremo variable; en medio del dorso ó la cabeza suele ser doble de gruesa que en el vientre. Entre los animales pequeños las diferencias de espesor de la piel son menos considerables, creyéndose por algunos que en los carneros la calidad y espesor de la piel están en razón inversa del espesor del vellón en el momento de matar al animal; es decir, que mientras más larga y espesa es su lana, más delgada y menos sólida es la piel; porque al parecer las partes que sirven para la nutrición y formación de los pelos son consumidas por éstos en perjuicio de la nutrición de la piel.

El cuero más espeso y más sólido se emplea principalmente en la zapatería, y el de mejor calidad para las correas de transmisión de las máquinas; el que se destina á suelas proviene de las pieles de toros y bueyes. Las de vaca dan un cuero delgado menos denso y de grano menos fino que las pieles de bueyes, y de ellas las más fuertes que proceden por lo común, como hemos indicado antes, de la América Meridional, se usan para suelas ligeras, palas y otras piezas de poca fuerza. Las pieles de los becerros son todavía más delgadas que las de vaca, pero en cambio son más densas que las de los demás animales, y cuando están bien curtidas, dan un cuero muy resistente, blando y suave, que se emplea en zapatería para las palas. Las pieles de caballos dan un cuero muy delgado que casi no sirven más que para los guarnicioneros; también se utiliza mucho para botas de montar. Los cerdos dan un cuero en extremo delgado y sólido, y las pieles de foca están dotadas de una tenacidad que las hace muy apreciables para el adorno de los objetos de guarnicionería.

La piel no es, propiamente hablando, la sustancia que trabaja el curtidor, sino la piel limpia ó apelmabrada, ó en otros términos, el corión ó dermis, despojado en lo posible por medios químicos y mecánicos, de la mayor parte de los elementos extraños.

El curtido debe tender á producir los efectos distintos: 1.º destruir cuanto se pueda la tendencia natural de la piel á pudrirse; 2.º comunicar á la piel la propiedad de presentar después de la desecación, no ya el aspecto de una masa córnea, sino de un tejido marcadamente fibroso, no trasparente y más ó menos dotado de flexibilidad; para conseguir lo cual, hay que llevar á efecto diferentes operaciones fundadas muy especialmente en el conocimiento anatómico de la piel.

La piel de los mamíferos, prescindiendo del pelo, se compone de varias capas. La capa superior es muy delgada y cruzada por los pelos, recibe el nombre de epidermis, es semitransparente y está

formada de células provistas de nodos; la porción más externa de esta capa constituye la capa córnea, tejido muerto que no participa de los fenómenos vitales, y es eliminada constantemente por efecto del desgaste á que se halla expuesta la superficie del cuerpo, y reemplazada por lo que se llama red de *Malpighi* (*extracto Malpighi*). Este se halla situado debajo de la capa córnea y es vivo todavía, está lleno de un líquido y se compone de una capa de celdillas con nodos. La red mucosa de *Malpighi* constituye el aparato de la exhalación cutánea y del sentido del tacto, y por la parte del pelo forma en la piel lo que se llama el grano ó la flor. Por último, hay una capa mucho más densa que las anteriormente descritas y de un tejido constituido, no ya por células, sino por una especie de fieltro compacto, de haces fibrosos, á cuya capa es la que se conoce con el nombre de *dermis* ó *corión*, y que comprende la membrana intermedia y la dermis propiamente dicha. La dermis es la única parte que puede decirse con exactitud que entra en juego en la preparación del cuero. Debajo de la dermis está el tejido conjuntivo subcutáneo, que es lo que forma en la piel el lado de la carne.

Todos los elementos de la piel de que acabamos de hacer mérito, tienen la común propiedad que hemos apuntado antes de hincharse en el agua hirviendo, volviéndose gelatinosos, y de convertirse en gelatina bajo la acción de una ebullición prolongada.

Diremos, por último, sin entrar á describir los principales procedimientos de curtido de las pieles, que en las diferentes acciones que sobre sus diversos elementos ejercen los agentes alcalinos y ácidos, están basados esos mismos procedimientos; desarrollándose reacciones químicas las más interesantes y dignas de estudio, y que han servido de fundamento á los progresos realizados en el arte del curtidor.

## CLAUDIA

HISTORIA HOLANDESA

(Conclusión.)

V

EL CASTIGO.



QUINCE días después las tropas francesas que ocupaban á Utrecht se hallaban reunidas en la plaza principal, formadas en cuadro, y tanto oficiales como soldados estaban como aguardando algo y tristemente preocupados. De pronto el tambor dió un redoble, y el mayor de plaza se presentó en medio de los batallones, trayendo en pos de sí, escoltado por los gendarmes del regimiento de la Corona, á un hombre con las manos atadas, que era el capitán Tricastel. Su rostro estaba desfigurado y pálido; su negra cabellera había encanecido durante días y noches de la mayor amargura; y ahora, convulso, trémulo y expuesto á miradas que lo llenaban de vergüenza, más de una vez hizo con sus manos atadas un movimiento involuntario como si quisiera cubrirse el rostro. El mayor de plaza leyó la sentencia, que decía: que el oficial culpable por haber faltado de su puesto y entregado á los enemigos la ciudad de Naarden iba á ser degradado, encerrado en un castillo y confiscados sus bienes. Luis XIV y Louvois se habían mostrado inflexibles.

Verificóse la cruel ceremonia: el capitán vió partir su espada, y arrancadas y pisoteadas las insignias de su grado: paseáronlo ignominiosamente por delante de las tropas, y trémulo por la calentura y por la angustia, medio desnudo y casi fuera de sí, lo pusieron en una silla-correo, que lo llevó á la fortaleza de Foux.

Condé, hablando de su cautiverio dijo:

«Entré en la prisión siendo el hombre más inocente, y salí de ella el más culpable.»

Hubieran estas palabras podido aplicarse al desventurado caballero Tricastel, á quien un afecto, acaso perdonable, le arrebatara el honor, los bienes y la libertad; porque las crueles reflexiones que en la prolongada soledad de su prisión hizo acerca de la severidad de los hombres, fueron destruyendo por grados, como el fuego y el veneno, los dulces sentimientos de un corazón que hasta entonces había sido bueno y religioso. Separado del trato de las gentes, entregado sólo á sus propios juicios, destituido de todo consuelo humano y sin esperanza en el porvenir, abría continuamente sus heridas, ya pensando en su mujer, que vivía sin honra, abandonada, ó que acaso habría muerto, ya en su hijo ó hija, que quizá también habría muerto; y á los cua-

les no tenía esperanza de volver á ver; ora recordando el terrible momento en que, á presencia de sus compañeros de armas, había sido tratado como un traidor y un cobarde: ora cuando al mirar las sombrías paredes de su triste habitación, pensaba en el largo tiempo que había de estar preso; en su juventud que carecía de libertad y de la satisfacción que procuran los más dulces afectos; en su edad madura que le esperaba sin gloria y sin familia en aquella eterna soledad; y en aquel eterno cautiverio.

Dominábalo entonces la desesperación; maldecía al rey, se maldecía á sí mismo, á la madre que lo había dado al mundo y hasta el día en que naciera; y si no le hubiese contenido el recuerdo de la fe que se le había imbuído en la infancia, el calabozo donde habitaba habría sido su sepulcro. A su alrededor andaban los demonios tentadores, y ya con las más siniestras imágenes, ya con las más aflictivas ideas, impulsaban á este desgraciado para que se suicidara. A estos arrebatos, semejantes á la locura, sucedía un prolongado decaimiento, y desconcertada aquella alma, era impotente para la virtud lo mismo que para la felicidad.

Pasáronse así diez años, cuyas horas se parecían á las gotas de agua que en algunas prisiones de Alemania caían desde lo alto sobre la cabeza de los detenidos, causándoles indecibles tormentos; cada una de estas horas tuvo sus amargas lágrimas, sus angustiosos gemidos, sus padecimientos y sus congojas, y sin embargo, debían terminar de un modo inesperado. Porque Luis XIV, á solicitud de algunos fieles amigos que del caballero conservaban grato recuerdo, le devolvió la libertad, y después de diez años de completa soledad, las puertas de la prisión se abrieron, dejándole salir libre, solo y sin recursos.

Lo primero que pensó fué en su mujer; y con el auxilio de un poco de dinero que sus amigos le dieron, marchó á Holanda, volviendo á entrar en aquella ciudad de Naarden que tan fatal le había sido. Se dirigió á la casa donde había vivido; pero la desconoció, porque en su lugar había un gran almacén.

Preguntó á un trabajador:

—¿Sabe usted dónde están hoy el señor de Gelfod y su nieta?

—No sé de qué me habla usted.

—Vivían aquí...

—Diez años hace que mi amo vive aquí.

Salía de una tienda una anciana, y al oír la conversación dijo:

—Cierto, hace diez años se marcharon y no se ha vuelto á saber de ellos. Yo los conocí. Eran un anciano, que había servido con el almirante Tromp en la marina; la señora Jacoba, que una vez me curó una inflamación en la garganta; y además una joven muy linda, que según dijeron se casó con un francés.

—Bien, repuso el caballero con ansiedad; ¿qué más sabe usted?

—No sé más sino que se marcharon, y no se ha hablado de ellos más: es posible que hayan muerto.

Nada más pudo averiguar, y se dirigió á Amsterdam á casa del capitán Pablo, cuyas señas había conservado en la memoria. Encontróse en ella con un joven que le dijo:

—Yo soy sobrino y heredero del capitán Pablo, que murió hace ya tiempo. Respecto á la familia por quien usted me pregunta, no existe en este país y acaso mi tío Pablo la haya llevado á la Guyana, que fué adonde por aquella época hizo el último viaje; y usted sabe que una multitud de personas acomodadas de nuestro país, temiendo los proyectos del rey de Francia, han buscado asilo en las colonias y principalmente los católicos, porque esperaban hallar en América la libertad que en la madre patria no disfrutaban. Nada más puedo decir á usted.

Aunque sin resultado, multiplicó el caballero sus indagaciones, hasta que al cabo, lo mismo que el desgraciado naufrago se agarra á una tabla, él se fijó en la idea de que Claudia se hallaba en las colonias holandesas, y marchó hacia la Guyana.

VI

EL CAZADOR.

Largo fué el viaje y penosa la travesía; mas la obstinada esperanza sostenía el valor del caballero, á quien le parecía que al llegar á aquel desconocido país iba á encontrar á la llorada esposa y al hijo deseado, y que en medio de las soledades del Nuevo Mundo vivirían dichosos, olvidándose de la Europa y de sus anteriores desgracias. Pero por más que preguntó á los antiguos moradores de aquel país, nada pudo saber acerca de las personas que buscaba.

Decíanle: «el capitán Pablo vino aquí; pero vino solo.»



Apagóse el rayo de luz que alumbrara el alma del caballero; y la noche reinó en su mente y en su corazón. Vefase pobre, solo, deshonrado en Europa, abandonado en las Indias, sin un corazón que lo amase, sin una mano que lo defendiese. Impelido por la necesidad, buscó recursos, mas como no podía dedicarse al comercio, por no tener ni dinero, ni mercaderías, quedábanle solamente la fuerza corporal, la osadía y la desesperación misma, que lo hacía más atrevido. Dejó, pues, las moradas de los hombres y se internó en las selvas, en los campos de los cazadores.

Extremadamente trabajosa y miserable era esta vida, porque en las profundidades de aquellos bosques, en cabañas como las de los caribes ó en tiendas que llevaban sobre sus espaldas, los cazadores sólo se ocupaban en perseguir jabalíes y toros monteses, manteniendo con los habitantes un tráfico de la carne y piel de aquellos animales.

Vivían dos á dos olvidados y aun despreciando las costumbres de Europa; tenían de los salvajes la independencia, de los aventureros del Norte el valor y el atrevimiento, de los comerciantes holandeses la astucia, y para muchos de ellos semejante vida, llena de libertad y de aventuras, ofrecía cierto atractivo; de modo que aun después de enriquecerse, preferían vivir y morir en las selvas, vestidos de pieles y en su cabaña formada de hojas de árboles, sin más compañía que su camarada ni más dependientes que un asociado, sin descanso, sin diversiones, pero con toda la tierra libre bajo sus pies y sobre sus cabezas la inmensidad de los cielos.

En medio de semejantes fatigas y peligros procuró el caballero olvidar su primera existencia. Borráronsele poco á poco los recuerdos de la Francia, los peligros en que se había visto, los trabajos que había padecido; el ejército y la prisión le quedaron sólo como vagas imágenes de un sueño, y el militar y el cortesano habían desaparecido para ser reemplazados por el atrevido cazador. Sin embargo, en lo íntimo de este corazón, al parecer insensible, una palabra hallaba todavía eco, y cuando por las tardes reunidos junto á la lumbre, recordaba alguno de los aventureros la esposa que había amado ó el hijo cuya pérdida estaba sintiendo, Tricastel volvía la cabeza, corriendo una lágrima por su tostada mejilla; y su compañero lo oía que durante la noche se paseaba suspirando.

Había procurado olvidarlo todo, sin poderlo conseguir y hubiera querido endurecer su corazón, más no pudo; si bien halló lo que no deseaba, que era la fortuna. Así que llegó á ser rico y viejo, se sintió con muchos deseos de volver á Europa.

Con afán había huído de su país natal; más ahora fatigado su corazón con nuevos espectáculos y cansados sus ojos de aquella naturaleza extraña, deseaba ver el pálido cielo de Europa, las casas de nuestras ciudades, y todo eso que después de embelesar los primeros años de la vida, deja en el corazón perpetuo recuerdo. Fúsose, pues, en camino.

## VII

## LA VUELTA.

El hermoso bergantín *La Esperanza* surcaba rápidamente con viento en popa por las aguas del Escalda, y con las velas desplegadas preparábase á entrar en el puerto de Amberes. En el más lindo camarote del buque había dos hombres puestos junto á una hamaca, donde se hallaba acostado otro, al parecer gravemente enfermo. Sus cabellos blancos echados atrás, descubrían un rostro tostado por los rayos del sol y cubierto de una palidez terrosa. Tenía cerrados los ojos, solía pronunciar algunas palabras incoherentes y hasta hacía movimientos convulsivos, como de querer levantarse de la cama. Abrazábalo entonces uno de los dos hombres, y aunque con voz áspera, le decía estas afables palabras:

— Tranquílcese usted, camarada; tranquilícese usted, que ya estamos en Amberes, donde se le cuidará bien y sanará, aunque para ello fuesen necesarios todos los ducados y doblones de mi cinto. Pero por Dios, esté usted tranquilo.

— ¿Y qué es lo que va usted á hacer con su enfermo? — le preguntó el otro hombre, que parecía ser el capitán del buque.

— Lo pondré en la mejor posada de la ciudad, haré venir todos los médicos, cirujanos y boticarios, y lo curaremos.

— En una posada y con todos los médicos de la ciudad al rededor de la cama; ¡buen medio de mandarlo á la sepultura! ¿Quiere usted tomar un buen consejo?

— Sí — dijo fijando en el interlocutor sus sencillos ojos que contrastaban con su cara bronceada y llena de señales, rematando en un monte de canosos cabellos. — Diga usted, capitán.

— Pues bien, lleve usted á su camarada al hospital, y puesto que usted tiene ducados, pida para él un cuarto particular, donde será cuidado y tratado como un príncipe, y sanará, si es que todavía hay algunas gotas de aceite en esta lámpara, que parece que en su tiempo estuvo bien provista.

— Sanará, contestó: seguiré el consejo de usted, puesto que es para ponerlo bueno.

— Parece que lo quiere usted mucho.

— Es mi camarada y hace más de quince años que compartimos la buena y la mala suerte; no hay hombre más leal ni más honrado que él, ni más servicial ni más valiente. Es menester verlo delante de un toro montés... me salvó de un jabalí que con sus colmillos me había hecho presa. ¡Ah! es todo un hombre.

— ¿Cómo se llama?

— ¿Cómo? No sé, — contestó, — porque allí, como usted sabe, tomamos los nombres al acaso: á mí me llaman Antonio de Morne, por el gran pico á cuyo pie estaba mi cabaña; á él le llamaban Corazón de Acero, porque á nada temía, ni á las bestias ni á los hombres.

Hízose sentir un ligero movimiento en el buque.

— Ya llegamos — dijo el capitán — subiéndose en el puente.

Dos horas después, Corazón de Acero, ó mejor dicho, el caballero de Tricastel, se hallaba en una buena cama, en una habitación silenciosa y fresca del hospital de Amberes. Velaba á su cabecera una hermana hospitalaria, y el pobre Antonio se acostaba en la antesala cerca de su compañero. Tenía el enfermo un sueño agitado, despertaba sobresaltado y echaba á su alrededor una mirada de sorpresa; llevábase muchas veces las manos al pecho, como si buscara algo que no encontraba; mas volviendo á apoderarse de él la calentura, le interrumpía sus ideas y le hacía decir desvaríos que la hermana hospitalaria no comprendía.

Diez días estuvo en peligro de muerte; pero su vida, expuesta por tan largo tiempo á los vaivenes de la suerte, animaba un cuerpo robusto, cuyo vigor triunfó al cabo de la enfermedad. Sanó, aunque quedando débil como un niño y sin poder explicarse lo que le pasaba. El primer día que se levantó, lo pusieron en un gran sillón junto á una ventana que caía al jardín, donde las religiosas, además de las plantas medicinales, cultivaban hermosas flores destinadas para hacer ramos para los altares. Largo tiempo estuvo el enfermo mirando este jardín con cierta alegría en su semblante, por lo común triste y sombrío, y dijo á Antonio, que lo estaba sosteniendo:

— Estas flores de Europa son más hermosas que el cactus de la Guyana; ahí hay rosas blancas como las que había en Naarden... Todavía me acuerdo de cuando las cogía, y jugaba con su pájaro, inocente y graciosa como las flores y como las aves...

Nada entendía Antonio; y la religiosa, que parecía estar con cuidado, salió, volviendo á poco con un ramo de rosas, brillante todavía por una corta lluvia que había refrescado la tierra.

— Tome usted, señor, le dijo con afabilidad, las rosas que tanto le gustan.

Las tomó mirando á la joven que se las ofrecía, y que tenía la misma hermosura y candor de aquellas flores.

— Es extraño — dijo entre sí — en todas partes la veo.

Al día siguiente quiso volver á sentarse junto á la ventana, donde se puso en efecto, ayudado por la religiosa, á quien, luego que hubo recobrado algunas fuerzas, le dijo:

— Quisiera que me devolviesen el medallón que tenía yo al cuello el día que me trajeron aquí.

— Caballero — contestó la hermana — creí que era un relicario y lo he guardado en un estante de la sacristía. Voy por él.

Volvió al punto, trayendo una caja de oro bastante chata y muy bien labrada, y entrególa al caballero, quien trató de abrirla; mas no pudo, y dijo:

— No puedo, porque estoy muy débil... Hermana, apriete usted aquí...

Obedece la hermana, y abriéndose la caja, se deja ver el retrato de Claudia en la flor de su hermosura, perfectamente sacado. Míralo la religiosa, y temblorosa grita con aterrada voz:

— Por Dios, caballero, dígame usted cómo ha venido á sus manos este retrato.

— Es el de mi mujer. ¿Pues cómo, la conoce usted?

— Si es el de mi madre — respondió la joven llena de asombro: — yo tengo otro igual.

— ¡Será esto posible, gran Dios! pues ¿cuál es vuestro nombre?

— Claudia de Tricastel.

— ¡Hija mía! hija mía! — exclamó el caballero estrechándola contra su pecho con extraordinaria

fuerza. — Yo soy tu padre, yo soy Carlos de Tricastel. ¡Vives tú, hija mía, á quien tanto he buscado y he llorado! ¿y tu madre?

— ¡Ah, padre mío! — contestó la hermana — mi madre nos ve desde el cielo.

No pudieron articular más palabras; la hija imprimía sus labios en las manos del padre, y éste empapaba en lágrimas el velo de aquella. No podían hablar, porque en la desgarradora sensación que ambos padecían, mediaba mucho mayor dolor que júbilo.

Mientras de aquel modo se hallaban ambos abrazados, entró la superiora del hospital, á quien al momento refirió Claudia lo que acababa de suceder, y después de oír con interés el breve relato, le dijo á Claudia:

— Hija mía, id á la capilla á dar gracias á Dios por este feliz acontecimiento; que vuestro lacerado corazón necesita desahogarse á los pies de Nuestro Señor.

Obedeció la hermana y retiróse, después de haber besado la mano al padre.

Al lado de éste tomó asiento la superiora, cuyo semblante afable y sereno animó al caballero para hacer un esfuerzo, y sacando de la cartera algunos documentos que certificaban la identidad de su persona, se los entregó á la superiora, la cual, mirándolos por encima, se los devolvió, diciéndole:

— Si mi relato no le es á usted molesto, en pocas palabras le diré por qué ha encontrado á su hija en esta casa. Yo soy holandesa, y mi familia, por sus vínculos y por motivos de religión, estaba estrechamente conexas con la de los Geldof. Después de la rendición de Naarden (dispense usted este enojoso recuerdo), Jacoba redujo á su hermano y á su sobrina á que buscaran asilo en Amberes. Hecho así, tuve el gusto de recibirlos en esta casa, al frente de la cual me hallaba yo desde aquella época. Los alojé en un departamento dependiente de este hospital. Noté que su esposa de usted padecía mucho, y me uní con ella como si hubiese sido una hermana querida. Pocos meses después de nacer la hija, la vi espirar en mis brazos.

No la sobrevivió su abuelo; y Jacoba, recibiendo valerosamente la cruz que el Señor le mandara, reunió todas sus fuerzas para dedicarlas en beneficio de la infeliz huérfana; pero sus muchos años, los rigores de su vida penitente y los pesares que secretamente padecía, la fueron consumiendo, y al fin esta alma valerosa volvió al seno de su Dios; de manera que la niña Claudia no conoció más familia que la religiosa que la había adoptado.

Mis compañeras y yo la hemos querido con extremo: jamás se ha separado de nuestro lado, y desde chiquitita era la flor y el encanto de nuestra casa, y hasta los pobres enfermos se alegraban de verla tan graciosa, corriendo por el jardín, y de oír su voz cuando en la iglesia entonaba los sagrados cánticos. Llegada á edad de poder tomar estado, las señoras que la conocían la solicitaron para sus hijos; pero desechó todos los partidos que se le presentaron, porque quería consagrarse á Dios; y efectivamente, sólo este Señor es digno del amor de tan noble alma.

Seis años hace que es religiosa; seis años de edificación para nosotras y de ventura para ella. No puedo, por tanto, entregársela á usted; mas debo asegurarle que siempre ha sido feliz, siempre querida, y que constantemente ha estado pidiendo por usted; ya estuviese vivo, ya muerto.

Tricastel parecía estar absorto en sí mismo, y al cabo de un prolongado silencio dijo á la superiora:

— ¿Pudiera usted cedermelo, de cualquier modo que fuese, alquilado ó vendido, el departamento donde murió mi Claudia?

— No veo inconveniente — contestó aquella algo admirada y después de un momento de reflexión.

— Pues en él quiero vivir y morir... En él, añadió hablando consigo mismo, veré algunas veces á mi hija.

## VIII

## EL HOSPITAL.

Poco tardó nuestro caballero en instalarse en la habitación que se le había concedido, y en entregarse á los desahogos que su corazón reclamaba después de una existencia tan trabajada por los pesares. Las lágrimas corrieron abundantemente por sus mejillas, recordando aquella larga serie de vicisitudes, y creyendo ver allí presentes aun á su amada esposa, al respetable anciano y á aquella digna y virtuosa mujer, que formaban su familia cuando se separaron junto á Naarden.

Pero las lágrimas que derramaba el caballero de Tricastel, suavizando sus penas con el bálsamo santo de una tristeza tranquila y resignada, y mezcladas



con los afectos de viva y sincera piedad que se formaron entonces en su alma, no sólo no se asemejaban en nada á sus angustias de otro tiempo, sino que formaban con ellos el más marcado contraste.

Durante sus pasadas vicisitudes, su corazón, olvidado las más veces de Dios, lleno de ira hacia los hombres, renegando de su suerte, y sin una esperanza que le sirviese de luz en medio de sus tinieblas, era presa de crueles dolores, que ó se exacerbaban más cada día, ó si cesaban, era por efecto del endurecimiento que en él habían producido. Ahora su piedad llenaba su alma de los dulces encantos del amor divino, su irritación para con los hombres se había calmado, su suerte le parecía muy feliz, había tocado una realidad venturosa é inesperada en el hallazgo de su hija; y todo cuanto veía al rededor suyo, le infundía consuelo y le traía la calma. Si alguna vez se estremecía aún al recuerdo de lo pasado, era esto como una vana sombra, como un vagoroso fantasma, que cruzaba por su mente. Un instante después, recordaba que todo aquello había pasado para no volver, y que allí ya no podía esperar hasta el último momento de su vida sino la tranquila y dichosa realidad que disfrutaba y que satisfacía todos los deseos de su alma, puesto que el único ser querido que le quedaba en la tierra, su hija única, estaba á su lado, y juntos allí, se ocupaban ambos en asegurar esta unión para toda la eternidad.

« ¡Oh, Señor! exclamaba algunas veces el caballero en medio de aquellas dulzuras que sentía su alma; ¡oh Señor! cuán adorables son vuestros juicios. ¡Me habéis hecho atravesar todas las borrascas de la vida en mi edad madura, cuando aun tenía fuerzas para resistirlas; y me habéis reservado para cuando empieza mi vejez estos días serenos, apacibles sin mezcla de turbación, en que mi alma goza de tanta paz! ¡Me habéis enviado con mis desgracias el castigo de mis extravíos, y ahora que se va acercando el tiempo de mi muerte, me hacéis sentir anticipadamente las dulzuras de la otra vida, y me enseñáis con estas preciosas muestras á saber amarlas y á procurar adquirirlas! ¡Bendito seáis, Señor, por todo ello! ¡Os bendigo por vuestras aflicciones de otro tiempo y por los consuelos de ahora, porque en todos veo la mano adorable de vuestra amorosa Providencia! »

Y en verdad que el caballero de Tricastel tenía sobrado motivo para estar satisfecho de su suerte. El Señor se complació en prolongar aquella situación mucho más de lo que él había esperado. Su constitución robusta, aunque trabajada por tantas vicisitudes, conservaba aún cierto vigor; y el género de vida que llevaba en aquella casa era el más á propósito para alargarla.

El caballero de Tricastel no se cansaba de dar gracias á Dios y de atribuirlo todo con sobrado fundamento á la religión que profesaba. « Mis desgracias de otro tiempo, decía muchas veces, han sido, ó el fruto de mis desaciertos, ó la consecuencia inevitable de los sucesos de la vida. Pero esta felicidad, ¿á qué la debo sino á mi cualidad de católico? ¿Quién fué sino ella la que hizo mi casamiento con Claudia? ¿Quién es sino ella la que ha traído aquí á mi hija, como para prepararme el alojamiento y depararme en los últimos años de mi vida esta dicha inesperada? »

Estas reflexiones, que á toda hora revolvía en su mente, encendieron de tal manera su gratitud para con Dios, y su amor á la religión, que ya no pensó más sino en fomentar estos dos sentimientos, después de purificar con la penitencia sus pasadas culpas. A la vez con esta piedad se despertó en él la abnegación cristiana, y cedió todos sus bienes al hospital, dando con esto ocasión á que se hiciesen en él obras considerables y se aumentase el número de los asistidos, cosa que él mismo tuvo el gusto de ver. Así es que al encanto que ya le ofrecía aquella casa, se agregó el de ver en ella las obras hechas á costa suya, y las nuevas salas donde, merced á su desprendimiento, recibían tantos enfermos los auxilios de la caridad. A esto se añadía el consuelo de vivir al lado de su hija, de oír su voz en los cánticos sagrados, y de contemplar aquella frente pura y serena en que brillaba un rayo de la paz eterna.

Así pasaron largos años, al cabo de los cuales murió en los brazos de su hija, recibiendo de ella los últimos consuelos, así como las lágrimas y oraciones que le dedicó toda su vida.

Antonio de Morne, de quien nos habíamos olvidado por seguir á nuestro caballero, tampoco quiso salir de Amberes. Allí encontró lo que siempre había ambicionado; una bonita casa con su jardín lleno de preciosas flores. Sólo echaba de menos á su compañero, al cual no olvidó nunca hasta sus últimos momentos.

## BIBLIOGRAFÍA

*Lecturas Populares.*—Segunda colección de cuentos, artículos y diálogos de buen humor, originales de D. Adolfo Clavarana, abogado. Director de la *Lectura Popular* de Orihuela. (Véase el anuncio de la cuarta plana.)

Hemos leído con suma complacencia la segunda colección de las *Lecturas Populares*, la cual, no obstante estar formada de artículos ya conocidos del público, resulta un tomito de agradabilísima lectura, una vez que, reunidos, resaltan doblemente la amenidad, variedad y originalidad de estos singulares escritos.

Ya cuando se publicó la primera colección emitimos nuestro juicio acerca de ella, y con sumo gusto declaramos que la segunda supera, si es posible, á la anterior. Si se me permite el corte poco cristiano de la frase, diré: que el autor puede envanecerse de su obra.

Sin duda alguna ha puesto el dedo en la llaga. Hoy en que tantísima gente no sólo no oye un sermón, mas ni siquiera ha oído agua bendita en muchos años, tal vez desde que los bautizaron; hoy en que la mayoría de los que van á sermones, educados en esta atmósfera de charlatanismo asfixiante, se aburren y escapan cuando es predicada la verdad seca sin los artificios de la moderna y empalagosa oratoria de canario; hoy en que las obras serias (y no nombremos á los místicos ¡uf! ¡librenos Dios!) se empolvan tranquilamente en los estantes de las librerías; hoy en que reina lo frívolo; hoy que se llevan la palma bailarinas y flamencas, *clowns* y *jockeys*; hoy en que el pueblo se alimenta de las soeces chocarrerías de periódicos procaces como el *Motín*, el *Cencerro* y otros ciento, y de las desnudas desvergüenzas de Paul de Kock, Zola y sus desgarrados imitadores, es necesario hablar el lenguaje que agrada, el único que es entendido, y seguir la máxima de aquel escritor dramático que dijo:

- El vulgo es necio, y pues lo paga, es justo
- Hablarle en necio para darle gusto;

y, lo pague ó no, hay que luchar porque lea cosas de su agrado, pero sanas; porque sea bueno á su pesar, aunque no quiera.

Mas ¿qué digo? sí que quiere; el corazón del trabajador, del pobre, del que sufre privaciones noche y día, está siempre sediento de bálsamo que calme sus dolores, de verdades que le fecundicen y hagan brotar en él las hermosas flores de la fe y esperanza; único faro y patrimonio del que de todo carece y nada goza en este valle de lágrimas. Y si se necesita una prueba entre varias que pudiera citar, transcribiré algunos párrafos de una carta escrita por un joven artesano de Valencia el 5 de Noviembre:

« El que estas líneas escribe, dice el espontáneo joven, educado en el seno de una familia cristiana, es, como casi todos los de la presente generación entusiasta, aficionado de la lectura. Mas ¿qué es lo que lee hoy más comunmente esa parte de pueblo artesano y trabajador? Yo, llevado por una parte de mi corta edad, pues apenas cuento 18 años, y por otra el ver plagadas las calles de un periódico llamado las *Dominicales*, ¡á él me atraqué! y si he de ser franco, sentía una desesperación horrible después que lo leía; sin embargo, mi constante manía en leer hizo que se extinguieran en mi alma los últimos átomos de fe y esperanza. »

« Unos amigos míos, concurrentes á las Escuelas Católicas de esta ciudad, me invitaron á que leyese la *Lectura Popular*; la leí, y desde ese momento volvió á renacer en mi alma la hermosísima fe que mis padres me legaron, especialmente aquellos artículos titulados: *Los Testigos del Infierno* y *El Prodigio del siglo xvi*. »

Y añade hablando del periódico *La Lectura*: « ¡A él debo el renacimiento de ese tesoro inestimable que se llama fe! ¡El es el que esparce la verdadera civilización é ilustración! ¡El es el que abre de veras los ojos al pueblo! »

¿Para qué más? Esto es una prueba del natural, espontánea y palmaria. ¿Y permanecerán los católicos tan tranquilos en tiempos en que el diablo tiene tan buenos servidores?

Desde que sigo con atención los escritos de *La Lectura* he visto que van haciendo esfuerzos con más ó menos fortuna, algunos escritores, por producir este género de literatura, difícil no hay duda, mas tan necesario hoy día; en el cual tanto sobresale el eminentísimo jesuita P. Luis Coloma, ya uno de nuestros primeros novelistas, y que, con el Sr. Clavarana, completa, digámoslo así, las dos esferas del género; pues así como el P. Coloma viste frac y corbata blanca y se alía en perfumado tocador, el Sr. Clavarana usa la franca blusa y el pantalón remendado del artesano, y lo mismo se sienta

en el mugriento figón que en el apagado hogar de los pobres de Cristo.

¿Por qué no han de hacer los católicos lo que con tanto empeño hacen los enemigos del Crucificado? Sé de algún fecundo escritor católico, de tierna y bien cortada pluma, que se ha visto obligado á buscar el pan de sus hijos en otros empleos alejados de sus aficiones, falto de protección, y agotadas sus explotadas fuerzas.

Y ya que se viene á la mano lanzaré una idea por si quisiera Dios que germinase. ¿No podrían los católicos formar una sociedad de propaganda, la cual ofreciese premios crecidos á los escritores que presentasen obras de este y otros géneros de literatura amena y puramente cristiana? Estoy cierto de que del otro bando vendrían á buscar el lucro, y, ¿quién sabe? Dios tal vez tocara el corazón de alguno de los que fueran tras la ganancia; y positivamente traería esto á otros que sólo están allá porque es lo que da dinero. ¡Habla con tan elocuentes argumentos el estómago!

Son ya muchas las personas que, convencidas de la potencia de la lectura, no sólo toman á pecho el propagar los libros buenos, sino que han formado una, como si dijéramos, *Obra de la lectura*, tomando por propósito reunirse diariamente á leer materias adecuadas para su instrucción cristiana y propia santificación; lo cual está dando ya copiosos frutos en ciertas partes.

Mas como las palabras son lo mismo que las cerezas, hemos ido poco á poco apartándonos de nuestro objeto principal, si bien en modo alguno hemos de poder hacer un estudio de estos escritos con la detención y variedad de aspectos que consienten, y su indisputable y subido mérito exigen.

Lean los afligidos y disconformes con su estado presente *La Fera de las Cruces* y hallarán en este tierno, filosófico y cristianísimo cuento demostrada la salvadora doctrina de la Cruz, única que puede sostener al hombre y regenerar las sociedades; mediten los libre-pensadores *Don Restituto de Lapanza-gorda*, y su inflexible lógica los convencerá, á fuerza de racionalistas, de que el fin del hombre es algo más que ponerse la panza como D. Restituto, y de que este algo más es Dios, Sumo Bien, y principio y fin de todas las cosas; así como en *La Gaita Masónica*, *El Abuelo Bruno* y *La Higuera maldita*, verán desentrañada la esencia del libre pensamiento y sus legítimos frutos.

Y no digamos de *El Maestro Cerote*, cuento popular, de corte español puro, que desde el principio al fin se desenvuelve fresco y natural al modo como limpia y clara brota el agua de cristalina fuente; el cual enseña que únicamente las virtudes cristianas son sólidas y verdaderas virtudes; y de *Los Encargos de mi tía*, en donde pinta de mano maestra, y con gran donaire, la insostenible é ilógica situación de los que se empeñan en encender una vela á Dios y otra al diablo; idea condenada en estas dos seguidillas:

Quando la piedad pesa,  
Señal segura  
Que es muy débil el alma  
Del que la usa.  
¡Ay del que quiere  
Llevar tan sólo á Cristo  
Mientras no pese!

Los que entre el mundo y Cristo  
Viven á medias,  
Inventando pamplinas  
Y componendas,  
Al fin y al cabo  
Ni de Cristo disfrutan  
Ni del diablo.

y del magistral y genérico cuento de San Pedro *La Llave del Cielo*, que es un amoroso suspiro de la Cruz del Redentor y de todos; pues cada uno encierra una verdad profunda presentada, no obstante, al alcance del pueblo en forma agradable y atractiva. Mas no quiero pasar sin mencionar el artículo titulado: *En serio*, en donde expone la doctrina del pecado original con una fuerza de argumentos, claridad y llaneza tales, que siendo fácilmente comprensible para todos los entendimientos, no hay medio de eludir su evidencia.

Nuestra enhorabuena al felicísimo autor y elegante editor de la obra por haber pintado variadísimas y fecundas enseñanzas en tan breves y amenas lecturas.

Esperamos que los católicos, afanosos de ver extendido el amor de Dios sobre todas las cosas, que es el primer mandamiento, y el menos comprendido por cierto, darán todo el apoyo que sus fuerzas permitan á este importante librito.

A.



## CONOCIMIENTOS ÚTILES

**Remedio contra los panadizos.** — Leemos en un periódico extranjero el siguiente, que por su sencillez y por lo que pueda ser útil á nuestros lectores, le transcribimos á continuación:

Tómese una porción de hojas de haba (*vicia faba*, de Linneo) frescas ó secas, y se cuecen en agua hirviendo, quedando hecho de este modo el único medicamento que se necesita para el caso; después se introduce el dedo dañado en la pasta vegetal que se forma, aguantando la mayor temperatura que se pueda dentro de límites racionales, y así se debe quedar el paciente por espacio de dos horas, procurando que el medicamento se mantenga siempre á su temperatura inicial ó poco menos.

Sin más, durante este tiempo, el enfermo sentirá poco á poco que van haciéndose menores y menos agudas las punzadas de dolor que sentía en un principio, hasta desaparecer la mayor parte de las veces, sobre todo si el remedio se aplica en los primeros momentos de la inflamación que produce esta dolencia, en cuyo caso se cura más pronto y radicalmente sin necesidad de supuraciones, siempre molestas, pues se resuelve por sí mismo el tumor que causa el panadizo.

Las hojas de las habas deben conservarse en lugar seco, y á cubierto del polvo cuando menos.

Esta noticia la tomamos de una correspondencia holandesa que publica cierto periódico italiano de Agricultura, el cual insiste mucho en recomendar el remedio citado.

Un periódico de Puerto Rico da cuenta en los siguientes términos del descubrimiento de una nueva fibra textil.

Empieza á ocupar la atención del mundo científico y también del mundo industrial, un producto vegetal que, en opinión de los inteligentes y según los ensayos practicados en San Salvador, ha de competir ventajosamente con la seda hasta ahora conocida y que dan los ricos gusanos de que se dice somos deudores á la China. El origen de la nueva materia, que se ha llamado la nueva seda americana, es también un gusano que se halla abundante en las cordilleras que atraviesan la República de San Salvador, en Centro América, y que fué descubierto en 1880 por el Dr. Guzmán.

El árbol donde forma su capullo ó saco este notable insecto, es el *Tecoma siderosylum*, especie de jazmín muy común en los bosques de la América central. La longitud de cada saco es de 35 á 70 centímetros, habiendo, por lo tanto, algunos que miden cerca de dos pies. Las fibras de esta seda, examinadas con el microscopio, aparecen cilíndricas, traslúcidas y recuerdan los más hermosos *Tussahs* de la India; la seda contenida en el interior del saco es blanca y se halla desprovista de goma, pero la cubierta exterior es gomosa y de color de crema.

## MISCELÁNEA

De un gratísimo suceso hablan los periódicos de Barcelona. Se trata nada menos que de la terminación de su magnífica Catedral.

Reunidas en el Palacio Episcopal varias respetables personas, comparecieron el Sr. D. Manuel Girona y Arafel y su señor hijo D. Manuel Girona y Vidal.

Manifestó entonces el Sr. Girona que hallándose en los últimos tiempos de su vida mercantil, quería manifestar por medio de un acto de reconocimiento su gratitud á la Providencia por los favores que le había dispensado. Desde muchísimos años, añadió el citado senador, acariciaba la idea de que se llevase á cabo la fachada ó frontis de nuestra Santa Basílica, para lo cual había mandado hacer considerables trabajos que ya conocen el señor Obispo y el Cabildo.

Este laudable pensamiento se propone ahora el Sr. Girona que se lleve á cabo mediante el beneplácito del Prelado, para lo cual ofrece costear por completo las obras de la mencionada fachada, que se verificarán con sujeción al plano antiguo encontrado en el Archivo Catedral.

Dicho señor se compromete á dejarlas termina-

das dentro del plazo de cinco años, y sólo pide que se le reserve la dirección económica.

A esta oferta generosa contestó el Ilmo. Sr. Calatá diciendo que la aceptaba con viva efusión, porque venía á convertir en realidad uno de sus más ardientes deseos.

Añadió el Prelado que por su parte él se comprometía á dejar concluidas todas las dependencias de la iglesia, porque estaba seguro de que para esta empresa no había de faltarle el concurso de todos los fieles. Dijo, asimismo, que para buscar en la empresa garantías de acierto no se realizaría obra alguna que no hubiese obtenido previamente la aprobación de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, superior autoridad en nuestra patria en asuntos artísticos.



MR. CHÉVREUL, DECANO DE LOS SABIOS DE FRANCIA  
y Director del Museo de Historia Natural de París.

Seguidamente el alcalde, Sr. Rius y Taulet, expresó que en aquel acto, como presidente que era del Ayuntamiento, representaba al pueblo de Barcelona, y que por lo tanto, en nombre de éste felicitaba al Prelado, al Cabildo y al Sr. Girona por un hecho que tanto había de contribuir al buen nombre de la ciudad, hecho que sería una hermosa página de religiosidad en el último tercio del siglo XIX, en el cual tantos actos se han cometido en contra de la Religión católica.

Elocuentes y sentidas fueron también las palabras que con idénticos fines pronunció el señor general Blanco, quien añadió que le regocijaba mucho cuanto contribuyese á enaltecer á Cataluña, por la que tenía especial y viva predilección, no olvidando nunca que en ella recibió la instrucción y la educación en sus primeros años.

Este importante suceso se comunicó á Su Santidad León XIII, por medio del siguiente telegrama:

— «A Su Santidad León XIII. — Roma. — Beatísimo Padre. — Con motivo de la solemnidad de la fiesta de la Inmaculada Concepción, reunidos en el Palacio Episcopal el capitán general, alcalde y Cabildo catedral al rededor del Obispo, el senador del reino D. Manuel Girona ha ofrecido formalmente, previos los requisitos necesarios, terminar á sus costas las fachadas de esta Catedral Basílica, uno de los ejemplares más puros del estilo gótico del siglo XIII, á fin de coadyuvar al proyecto de dicho Prelado de concluir enteramente dentro de breve tiempo todo el grandioso templo con sus dependencias.

» Los infrascritos acuerdan participarlo en el acto á Su Santidad, implorando la Bendición Apostólica para el feliz éxito de la empresa. — Jaime, Obispo de Barcelona. — El capitán general, Ramón Blanco. — El Deán, José Vivas Martínez. — El alcalde constitucional, Francisco de Paula Rius y Taulet.»

He aquí el argumento del último drama del Sr. D. Valentín Gómez, estrenado hace pocas noches en el Teatro Español, y contra el cual se ha ensañado la prensa masónica. Titúlase *La Ley de la Fuerza*:

Su protagonista es un tipo por desgracia harto

conocido en la sociedad contemporánea. Se trata de un volteriano en materias religiosas, que no tiene otra moral ni respeta otra ley que el éxito. Como el león ama á sus cachorros, ama él á su hijo Esteban, que tiene condiciones de artista, y á cuyo porvenir lo sacrifica todo, llegando hasta el crimen que comete en circunstancias que le permiten creer que no podrá tropezar nunca con las prescripciones del Código penal. Primero las luchas de su conciencia, cuya voz no llega á apagar por completo, y luego el descubrimiento del crimen por su hijo, y más tarde también por el hijo de Vega, amigo suyo á quien asesinó para robarle, le obligan á arrastrar una vida desdichadísima, infinitamente peor que la que llevaba antes de enriquecerse por el crimen, cuando era pobre. Su muerte es tan miserable é ignominiosa como su vida: se suicida al verse descubierto, y ante el miedo que le produce la justicia de los hombres y sus terribles fallos, sin acordarse, descreído como era, de la justicia de Dios.

Este personaje, admirablemente delineado y sostenido hasta el fin, llena, por decirlo así, toda la obra, estando casi constantemente en escena.

La acción se desarrolla en la forma siguiente: Don Raimundo vive pobrísimamente en Valencia con su hijo Esteban, que empieza su carrera de artista, y con una hermana que es un modelo de honradez. En otra habitación de la misma casa vive un Sr. Vega, que fué perjudicado por el padre de un amigo de D. Raimundo, y que quiere castigar en el hijo los pecados del padre. Los dos enemigos acuden á casa del amigo común á exponer sus quejas, y el Ochoa le declara además, con grandes reservas, que le ha tocado la lotería y que tiene en su poder, sin que nadie lo sepa, 7.500 duros. Los dos enemigos riñen; en el callejón en que está la casa de D. Raimundo el Ochoa cae bañado en sangre; D. Raimundo lo ve y ve huir al matador; baja á despojar al que cree muerto, de sus 7.500 duros; lo encuentra vivo y acaba de matarle para robarle. Cuando se cree rico y feliz, penetra el que se cree asesino en la casa, pide que se le facilite la huida; D. Raimundo se lo promete; llega en esto la policía, y el que sólo había herido á

Ochoa se declara reo del asesinato.

Pasan ocho años; Angelina, hija del que se creía asesino de Ochoa, y antigua novia de Esteban, busca refugio en casa de D. Raimundo, que nada en la opulencia. Un hijo de Ochoa se introduce en la casa por sospechas de que allí pueda estar el verdadero asesino. La hermana de D. Raimundo, única poseedora del secreto del crimen, lo revela, al morir víctima de sus penas, á Esteban, para obligarle, honrado como es, á la restitución de lo robado. Esteban procede como debía, y su padre, al verse descubierto, procede como un pagano que es, y se suicida. Por temor á la justicia de los hombres cae bajo el peso de la de Dios.

De este modo queda probado que la Providencia siempre castiga al criminal y que el derecho de la fuerza, que es el compendio de toda la política y de toda la civilización moderna, es un principio que sólo puede producir crímenes contra Dios y contra el prójimo y actos de cobardía, tales como el suicidio.



Encomendamos á las oraciones de nuestros amigos el alma del Excmo. Sr. D. Césareo González-Maldonado y Leis-Pacheco, conde de la Concepción, tío político del director de esta REVISTA, Sr. Pérez Villamil, que ha pasado á mejor vida el día 6 del corriente.

Era un caballero de la antigua aristocracia, que honraba su pecho con la cruz de Calatrava y profesaba verdadero culto á las nobles ideas y cristianos sentimientos de nuestros antepasados. — R. I. P.